

972.867

R696u

TEC

Tecnológico
de Costa Rica

**INSTITUTO TECNOLOGICO DE COSTA RICA
SEDE REGIONAL SAN CARLOS
DEPARTAMENTO CIENCIAS
AREA DE FILOSOFIA Y CIENCIAS SOCIALES**

**UNA APROXIMACION A LA CONFORMACION
DE SAN CARLOS COMO REGION
HISTORICA, ECONOMICA, POLITICA Y CULTURAL**

**Autor:
Lic. Francisco Rodríguez Barrientos**

1996

INDICE

	PAGINA
I. Conceptos de Región	1
II. San Carlos como región histórica, política y económica.	4
III: San Carlos: influencias en la conformación de una región cultural	34
Bibliografía	67

"En la isla española donde vivo, cada pueblo celebra durante el verano sus fiestas patronales. Los jóvenes, el párroco y el marqués recorren las callejuelas montados en caballos negros; con sus bicornios y sus calzas blancas parecen salidos de otra época. Probablemente, estas fiestas se remontan a antiguos rituales paganos relacionados con la despedida del verano y el anuncio del invierno, que en las islas es con frecuencia largo y duro... Los caballos se mueven al ritmo de una música rítmica y monótona, mientras los jóvenes del pueblo se divierten danzando arriesgadamente entre los caballos que se alzan sobre sus cuartos traseros. Los jinetes deben tener cuidado de evitar que las patas delanteras del animal golpeen a los bailarines. Este torbellino de actividad dura tres días y concluye con unos gigantescos fuegos artificiales. También acuden en masa los habitantes de los pueblos vecinos, y la atmósfera se llena de luz y ruido suficientes para ahuyentar a los malos espíritus durante otros doce meses".

Cees Nooteboom (escritor holandés moderno)

"Europa sigue siendo Europa" Kultor-Chronik Nº1 Año 12, Enero

] 1994, Bonn, p.33.

I. CONCEPTOS DE REGION

Toda dinámica cultural se expresa sobre un espacio construido, el cual, a su vez, se organiza en diferentes niveles.

1. Económico
2. Político
3. Histórico
4. Geográfico

En el nivel económico se hace referencia a la producción, circulación y consumo de bienes y servicios según se trate de un espacio urbano o rural.

El nivel político se caracteriza por la índole de los fenómenos políticos existentes, por la existencia de estructuras políticas de donde dimana a nivel regional las decisiones (Municipalidad) y por el ejercicio y validez de las decisiones políticas sobre el ámbito geográfico (región geográfica) de la región política.

Por su parte, el nivel histórico se refiere a los procesos en los cuales ha nacido y se desarrolla una comunidad (región) determinada, "sedimentándose en la conciencia colectiva de los asentamientos humanos que la integran el sentido de pertenencia a ese espacio habitable" (Enrique González Ordosgoitti, 1990). Este período de tiempo debe remontarse al menos hasta el siglo XIX.

Finalmente, el nivel geográfico hace referencia a un territorio ubicable en los mapas y con ciertas características físicas, (tipos de suelo, hidrografía, bosques, etc.), ambientales (características o formas del paisaje) y climáticas. La región geográfica debe ser funcional, esto es, "...cuando esté organizada por uno o varios focos y el resto de su área, conectada al foco por redes de circulación o flujos de personas, bienes, comunicación, etc. La región funcional no es homogénea por sus rasgos físicos

sino por la función de integración. El foco que organiza la región tiende a ser un centro urbano de importancia" (José M. Guevara Díaz, citado por González B., 1990).

Ejemplos de estos focos que organizan la región pueden ser Puerto Limón para el Atlántico costarricense, Liberia para Guanacaste, San Isidro para Pérez Zeledón o Ciudad Quesada para San Carlos.

El concepto de región geográfica puede ser asimilado al de territorialidad, la que -al igual que la nación como un todo- forma parte del imaginario individual y colectivo de quienes la habitan como un "espacio de referencia identitaria" (Noelle Demyk, 1995).

El territorio es un espacio "existencializado" al transcurrir en él la cotidiana y productiva de sucesivos individuos, familias y generaciones. La vida afectiva está ligada a un territorio; el espacio territorial es "interiorizado" al ser marco de las vivencias individuales y colectivas.

En el territorio actúan e interactúan muchos actores, quienes "tienen un poder de intervención muy diversificado sobre el espacio" (Demyk, 1995, p. 13). Como se intentará ver más adelante para el caso sancarleño, sobre el territorio se estructuran y superponen muy diferentes instancias: el control y la gestión que hace sobre el territorio regional el Estado; la organización de los sistemas de producción; las características sociales y culturales de la población, aparte de la apropiación externa e interna de las personas y comunidades, para quienes el territorio es hogar en un sentido no solo social sino igualmente existencial. En fin: "el territorio es también un mosaico de espacios regionales diferenciados, regido por sub-sistemas económicos y socio-culturales, los cuales poseen cierta autonomía y estabilidad, pues son capaces de autoregulación y de duplicación" (Demyk, 1995, p.14).

En Costa Rica podemos distinguir, siguiendo los conceptos antes indicados, varias regiones: Atlántica, Guanacaste, Valle Central, Zona Norte, Zona Sur, Costera (caribe o pacífica), Talamanca (pueblos indígenas). Naturalmente, las regiones pueden dividirse en subregiones. Así, para el caso de Guanacaste, pueden identificarse la región que abarca las haciendas ganaderas, las zonas costeras, las zonas montañosas como Tilarán, que culturalmente pertenece más al Valle Central, etc.

Lo hasta aquí dicho es suficiente para hacer visible lo complejo de toda metodología que intente explicar la dinámica cultural en una región cualesquiera. Las líneas siguientes pretenden describir el proceso de la conformación de San Carlos como región económica, política, histórica, geográfica y cultural.

II. SAN CARLOS COMO REGION HISTORICA, POLITICA Y ECONOMICA

San Carlos -como la Zona Norte en general- es de colonización tardía (no tomo en cuenta aquí la presencia nicaragüense porque ésta no significó un asentamiento estable en lo que es hoy San Carlos).

A pesar de que la presencia nicaragüense en el Cantón tiene una importancia innegable, es la migración proveniente del Valle Central la que resulta fundamental para San Carlos. Sin embargo, en los cantones limítrofes de Los Chiles y Upala la situación es muy diferente: en este caso los nicaragüenses o sus descendientes constituyen un porcentaje elevado de la población. Solamente en las últimas décadas se han instalado en ambos cantones inmigrantes costarricenses.

Antes de que llegaran los primeros colonos a partir de 1850, en la zona habitaron en tiempos precolombinos diversos pueblos como los corobicies, votos, huetares o malekus (Juan Vicente Guerrero, 1994). De esta presencia aborígen dan testimonio sitios arqueológicos como Ciudad Cutris, sitio Hugo Rivera NQ34, sitio Claudio Salazar NQ36, sitio Mongo NQ32. Algunos de estos sitios fueron ocupados desde época muy antigua (10.000-3.000 AC) (Elena Troyo, 1990). El más reciente hallazgo lo constituye el cementerio encontrado en el Asentamiento Campesino el Jaurí, en La Fortuna. La región norteña fue lugar de refugio para varios pueblos indígenas que durante la Colonia huían para evitar ser sometidos por los españoles al sistema de encomiendas (Claudia Quirós, 1990). Algunos de estos indígenas fueron exterminados en el siglo XIX por aventureros y cazadores nicaragüenses (Alfonso Vargas, 1986). En la actualidad (1995) sólo sobreviven los malekus, muy aculturizados y en proceso de mestizaje racial con la población "blanca" establecida en el cantón de Guatuso. En pocos lustros los malekus habrán desaparecido como entidad

cultural autónoma y autóctona.

En 1850 se abre la primera picada al futuro San Carlos por un grupo de ramonenses. Después de la guerra contra los filibusteros de 1856-57 -durante la cual San Carlos fue un importante lugar de paso de las tropas costarricenses hacia la zona de operaciones militares en Nicaragua- San Carlos adquiere mayor importancia, pues los ex-combatientes, hablaban sobre la feracidad del suelo (Jorge R. Molina, 1978), lo que despierta el interés de varias personas (?) por trasladarse al lugar.

Ahora bien, ¿qué fenómeno habría provocado ese gran proceso colonizador de los habitantes del Valle Central hacia la periferia costarricense, prácticamente virgen, durante el siglo XIX? Aquí no caben las dudas: el café. El "boom" cafetalero explota en la década de 1840, ligando a Costa Rica al naciente mercado mundial capitalista, especializando las tierras de los alrededores de San José y Heredia con el llamado "grano de oro" (Molina y Acuña, 1991). Las mejores tierras se encarecen y son acaparadas por los grandes hacendados y beneficiadores cafetaleros, al tiempo que muchos pequeños productores pierden sus propiedades. Ante la disyuntiva de convertirse en jornaleros de hacienda o emigrar, la gran mayoría optan por lo último. Un importante contingente de quienes emigran está constituido por los hijos menores de las familias campesinas dedicadas al café que no desean fraccionar más sus fincas (Molina y Acuña, 1991). Quienes emigran lo hacen no para restituir una economía campesina autosuficiente, sino para integrarse al mercado y con claras intenciones de lucro (Lowell Gudmundson, 1983), ya sea sembrando café, caña de azúcar, maíz y otros productos básicos. Esto es importante tenerlo en cuenta, puesto que -según se dice- los pioneros de San Carlos tenían fama de laboriosos y emprendedores; eran los hijos o nietos de

aquellos emigrantes que poblaron durante la primera mitad del siglo XIX lugares como Grecia, Maranjo, Poás, San Ramón o Palmares; por lo tanto, poseían experiencia empresarial, mentalidad mercantil, capacidad organizativa y una cultura impregnada de valores entre los que estaba el considerar justa la ganancia fruto del trabajo honesto. Por supuesto que su cultura también estaba impregnada de otros valores, muy especialmente los religiosos. Pero de ello se hablará más adelante.

El primer poblacionamiento de San Carlos se hizo en las tierras bajas comprendidas entre La Vieja y Muelle (Rolando Molina, 1978)). Sin embargo, no hubo oportunidad de constituir una región (en el sentido múltiple visto al inicio), básicamente por lo inhóspito y malsano del clima y por la ausencia de buenas vías de comunicación.

Para una verdadera génesis de San Carlos como región hay que remontarse a la colonización del piedemonte, primero con la fundación de Buena Vista en 1864 y, sobre todo, con la fundación de Ciudad Quesada (su nombre primitivo fue La Unión) en 1884. Es a partir de entonces que se produce un establecimiento definitivo de población y migraciones constantes de las regiones vecinas del Valle Central.

En la última década del siglo XIX La Unión se constituye en el centro o foco- que articula la vida económica y social del naciente San Carlos. Poco a poco en el piedemonte surgen otros pueblos como Aguas Zarcas (fundada en 1893) o Los Caños (actual Venecia, fundada a principios de siglo). En 1911 se establece el cantón de San Carlos con cuatro distritos: Quesada, Florencia, Aguas Zarcas y Buena Vista. 1911 es, entonces, la fecha que ve el nacimiento de San Carlos como región política. Posteriormente se irán agregando otros distritos, ya sea nacidos como segregación de los existentes (caso de Pital,

La Palmera y Venecia que se desmiembran de Aguas Zarcas) o como anexión de territorios de cantones vecinos (casos de La Tigra, La Fortuna y Venado).

De cara al futuro surgen con fuerza algunas interrogantes: ¿Cuál puede ser la evolución de San Carlos como región política? ¿Cómo pueden afectar esos cambios su identidad cultural? Para intentar responder, habrá que examinar la cuestión con detenimiento.

Para empezar, un dato obvio: la actual división político-administrativa provincial del país choca cada vez más con las necesidades y demandas de la periferia costarricense. En otras palabras: la administración imperante no se realiza basada en lo establecido por la Constitución Política -la división del territorio nacional en siete provincias-, sino en los imperativos reales que poco tienen que ver con la forma política estatuida.

Sin buscarlos, he aquí algunos efectos de la excesiva centralización y concentración de la región central del país, o, más exactamente, del Valle Central. Por otro lado, a medida que algunas regiones periféricas iban creciendo, se hacía inevitable descentralizar -y en ocasiones también desconcentrar- actividades, programas y decisiones. Surgen dentro de las regiones ciudades que adquieren gravitación regional o subregional: Liberia, San Ramón, Ciudad Quesada, Nicoya, San Isidro de Pérez Zeledón, Golfito, Turrialba, Quepos o San Vito de Coto Brus. Excepto Liberia, cabecera de una provincia marginada y marginal, todos los poblados citados pertenecen a alguna provincia, pero ya no pueden ser administrados desde la capital provincial. Este hecho es el que ha provocado una fractura en la conformación política actualmente vigente en Costa Rica.

Es claro que esta conformación política no podrá sostenerse por mucho tiempo. Para efectos administrativos -que están en contradicción con la

Constitución Política- se ha dividido al país en las siguientes regiones: Central, Chorotega, Brunca, Huetar Norte, y Huetar Atlántica. Algunas tienen sub-regiones. Esta división es más "realista" que la provincial, aunque está lejos de ser satisfactoria. Algunos autores creen que esta división administrativa algún día será política.

Lo cierto es que la actual división política tiene muchos enemigos pero también defensores. Sin embargo, la realidad sabe poco de textos constitucionales y le sienten mal las camisas de fuerza que pretenden perpetuar los defensores acérrimos de la división provincial. Pero llegará el momento de hacer los cambios exigidos por la realidad.

De ser así, ¿cómo será el nuevo escenario político de San Carlos?. Sin importar por ahora el nombre, la actual Región Huetar Norte tendrá las atribuciones políticas -y otras más surgidas del contexto histórico, económico y político- que tienen las provincias (aunque en éstas estén inoperantes). Por razones de vecindad, pero también administrativas, San Carlos se ha ido desarrollando junto al resto de los cantones que componen la Región Huetar Norte: Upala, Sarapiquí, Guatuso y Los Chiles; a ellos habría que agregar dos cantones y un distrito muy ligados a San Carlos y no sólo por razones limítrofes: Alfaro Ruiz, Tilarán y Río Cuarto de Grecia.

Este nuevo contexto político crea un conflicto de identidades entre la sancarleña -no completamente constituida por lo que se verá más adelante- y la norteña por construir; aún más; por consolidar. Esto es importante porque durante la mayor parte de su historia San Carlos ha disfrutado de una gran autonomía respecto de la región que hoy constituye la Región Huetar Norte. Los vínculos económicos, sociales, políticos y culturales eran con el Valle Central, no con los cantones vecinos. De hecho, éstos acceden al cantonato en

fecha muy reciente (1970). Igualmente, los lazos económicos siguen siendo fundamentalmente con el Valle Central o con el mercado externo. Empero, las relaciones económicas entre los cantones de la región se han estrechado. Muchos pobladores sancarleños tienen fincas en Los Chiles, Guatuso y Sarapiquí y en cuanto a los servicios (bancarios, médicos, educativos, y de otros entes estatales), comerciales, asuntos religiosos, etc., Ciudad Quesada ha reemplazado a San José. De este modo se crea otro centralismo, una especie de centralismo mediatizado. Y ya se sabe que los centralismos excesivos o rígidos producen anticuerpos. Por eso, hay que redistribuir de manera más equitativa en la región los recursos y los poderes de decisión política, cosa que no siempre resulta fácil. De hecho, hay una redistribución del poder político regional claramente favorable a San Carlos y, sobre todo, a su cabecera. La integración regional se vuelve asimétrica. A nivel regional se reproducen las mismas formas asimétricas de distribución de los recursos y del poder a escala nacional e internacional. Ello no debe sorprender, pues es el modo como el capitalismo se ha ido extendiendo a escala planetaria a partir de núcleos geográficos muy restringidos.

San Carlos, entonces, junto al resto de la Región Huetar Norte habrán de conformar una comunidad Política; es decir, una región política inédita. Los términos de esa comunidad política no están claros. Precisamente, es uno de los retos que tiene frente a sí la sociedad civil nortea, reto que debe ser afrontado con discusión y participación; la integración de la Zona Norte debe -idealmente- provenir de abajo hacia arriba y no verticalmente, como ha sido lo usual en el desarrollo político de las regiones costarricenses. Por eso, los sancarleños, chilenos, guatuseños, etc. deben visualizarse, re-pensarse y re-sentirse como norteaños, siendo esta ahora la categoría regional

más importante. Así, lo norteño no es solo un concepto geográfico, sino un hecho histórico y cultural. Es la norteñidad lo que debe construirse, pero a partir de la identidad cultural propia de cada uno de los cantones norteños en nuevos contextos económicos, sociales, políticos y culturales. El punto clave será si estos nuevos contextos serán a partir de imposiciones derivadas de dinámicas sociales externas a la región o de un equilibrio entre esas fuerzas externas y un proyecto de desarrollo regional que responda a los intereses de las mayorías. Evidentemente, el modelo "transnacionalizado" imperante en la región contribuye muy poco a este anhelo utópico (en el sentido de una meta deseable por alcanzar).

Un asunto importante a considerar es el relacionado con lugares pertenecientes a otras regiones políticas pero más ligados a la Región Huetar Norte por lazos económicos, comerciales, administrativos y hasta culturales. Son los casos -ya citados- de Tilarán, Alfaro Ruiz, Río Cuarto y Peñas Blancas. Es difícil hacer pronósticos. Empero, la realidad de los hechos es menos ambigua. Con toda probabilidad estos cantones estarán integrados a la unidad política que hoy en día conforma a la Región Huetar Norte. Esta ratificación política no será sino un reconocimiento explícito de las relaciones que existen entre todas estas comunidades.

El último asunto por tratar -sin pretender agotar, ni mucho menos, la problemática- es el separatismo que han mostrado algunos cantones importantes de San Carlos; concretamente La Fortuna y Pital.

Sobre el primero, a fines de los años 60 hubo un fuerte movimiento por el cantonato. Sin embargo, los hechos derivados de las erupciones del Volcán Arenal de 1968 al parecer hicieron olvidar esas pretensiones y actualmente no existe un movimiento en La Fortuna como el de aquellos años. Algunos

preocupados por la integridad territorial de San Carlos temen que un futuro cantonato de Pital pueda generar fuerzas centríguas en otros distritos.

Pital es el distrito que más está luchando por constituirse en cantón. Tal vez lo logre. Sin embargo, ese cambio será cosmético, pues no alterará mayor cosa la situación imperante, sobre todo si se consideran los escenarios políticos futuros, de los que en líneas anteriores se han emitido diversos criterios. En efecto, si la Zona Norte se configura en una nueva región política, borraré todas las implicaciones que se deriven de eventuales cantonatos de distritos sancarleños. Esto deberían entenderlo quienes luchan por estas metas. Hay otras cosas más relevantes que requieren la energía de los norteños. A ellas hay que dedicarse.

Regresando al pasado, después de obtenido el cantonato, la colonización de San Carlos se restringe en lo fundamental al piedemonte y zonas altas; ocasionalmente se avanza en algunas direcciones de la vasta, pero malsana, llanura que, ignota y desafiante, espera con recelo.

Villa Quesada acrecienta su importancia como foco del espacio económico y social de la región. Parodiando el famoso refrán popular, todos los caminos de la zona conducen a Villa Quesada: Aguas Zarcas, Los Caños (Venecia), Florencia, Muelle, en fin, todos los pequeños focos que surgen por la extensa geografía sancarleña, establecen redes de comunicación - especie de vasos comunicantes- con el poblado principal. Esta característica se va a repetir en la colonización del resto de regiones de Costa Rica, y en lo fundamental sigue el patrón impuesto por los españoles en la conquista del territorio nacional. Cartago, la capital de la provincia de Costa Rica durante la Colonia, se ubicó estratégicamente, rodeada de las reducciones indígenas, como una especie de cabeza de playa que permitiera -y facilitara-

la extensión del dominio español a nuevos territorios (Quirós, 1990).

Antes de 1940, la economía sancarleña aún no está plenamente integrada al resto del mercado nacional. Muchas de sus actividades son de subsistencia. El comercio excedentario es fundamentalmente interno, aunque también existen relaciones mercantiles externas al cantón (como la plaza de ganado de Alajuela).

Después de 1940 se producen una serie de acontecimientos que van a transformar radicalmente lo que hasta casi mediada la centuria, era una región distante y apartada del centro neurálgico de Costa Rica, (el Valle Central).

A saber:

1. Apertura de la carretera que conecta Villa Quesada con San José.

Atomización de la llanura con lo que se elimina el mosquito de la malaria y otras enfermedades infecciosas que habían impedido el asentamiento masivo de poblaciones humanas. En las tres décadas que van de 1940 a 1970, San Carlos se convierte en una de las zonas de Costa Rica que más inmigrantes recibe (junto al Valle de El General, la Zona Sur y las llanuras del Atlántico). Esta gran inmigración proviene especialmente de los lugares que históricamente ha aportado el mayor número de pobladores a la región sancarleña: Alfaro Ruiz, Grecia, Poás, Naranjo, Palmares, San Ramón, Atenas, Alajuela Centro; pero también llegan familias de la provincia de Heredia, de algunos cantones de San José, así como -lo que es novedoso- de Puntarenas y Guanacaste. Sin olvidar, por supuesto, la presencia nicaragüense la cual, sin embargo, no se vuelve significativa sino hasta fines de la década de 1980. De esto se hablará posteriormente.

Este gran movimiento de población se explica por el agotamiento de la

frontera agrícola dentro del Valle Central. Al crearse las condiciones para la colonización de las llanuras del norte y del atlántico -junto al establecimiento de la compañía bananera en el Pacífico Sur- se abren las puertas para la migración masiva hacia estas regiones. A medida que las tierras se van privatizando en un proceso que tiende a la concentración, la frontera agrícola se corre hacia las tierras más remotas y periféricas, hasta que alrededor de 1980, se acaba la frontera agrícola en Costa Rica.

La integración plena de San Carlos al mercado nacional costarricense

Hasta mediada la centuria, San Carlos era, como otras zonas fuera del Valle Central, una partícula más de la atomizada periferia de Costa Rica. En buena medida, la actividad económica se restringía a los límites cantonales, con una buena dosis de autoabastecimiento. El comercio abarcaba el ganado, el dulce (trapiches), quesos y algunos productos básicos.

El principal producto del comercio extraregional lo constituía el ganado, que era conducido a la plaza de Alajuela, adonde también se llevaba el ganado proveniente de Esparza y Guanacaste. Este arreo de ganado pasando las frías y aneblinadas alturas de Alfaro Ruiz, ha quedado impreso en la memoria colectiva sancarleña. Son muchas las anécdotas existentes sobre este largo y duro arreo por parte de quienes conducían el ganado hasta Alajuela. Como una manera de rescatar este aspecto de la historia sancarleña, sería muy valioso localizar a los arrieros que aún sobrevivan para conocer sus vivencias.

Es una de las muchas facetas pendientes de estudio de la historia popular de San Carlos y del resto de la Región Norte. Aquí hay un campo prácticamente virgen que la historiografía nacional ha descuidado. Tampoco eso tiene por que sorprender a nadie: como el resto del quehacer nacional

(sea económico, social, político o cultural), la historiografía costarricense está centralizada; es decir, es vallecentrista. Efectivamente, gran parte de la literatura existente se refiere a la dinámica histórica del Valle Central. Por otro lado, es innegable que desde la Colonia -y aún desde más atrás, pues un buen porcentaje de la población aborigen costarricense se ubicaba en la región central del país- el Valle Central ha sido la región más importante del país. Durante el período colonial ahí estaba asentada la mayoría de la población y la administración española. Después de la Independencia, la caficultura -que cambiaría radicalmente la estructura económica, social y cultural del país- se desarrolla sobre todo en el Valle Central, pues fue una casualidad feliz que las tierras donde radicaban el grueso de la población costarricense de la época, también reuniera condiciones ecológicas y climáticas óptimas para el cultivo del cafeto (Vega Carballo, 1986). Si bien es verdad, la dinámica cafetalera permitió, en un gran movimiento histórico al que se ha hecho referencia anteriormente, colonizar un país hasta entonces prácticamente baldío, (Hall, 1978), acontecimientos posteriores facilitaron la concentración económica y la centralización administrativa y política en el Valle Central. De este modo, cuando a partir de 1960 despegó la industria, esta se establece mayoritariamente donde estaban los mercados consumidores: el Valle Central, precisamente (Vega Carballo, 1986). Ambos factores forman un círculo vicioso: la concentración de la población atrae a las fábricas, y la industrialización -con todo el desarrollo de infraestructura, servicios, comercio que conlleva- provocó migraciones hacia los lugares donde se instalan las fábricas. A partir de la década de 1980 -a raíz de la implantación de los Programas de Ajuste Estructural que tienden a la concentración de la tierra en las áreas rurales y a la expropiación de miles de familias campesinas- aumenta

la migración campo-ciudad, convirtiéndose los alrededores del área metropolitana de San José en sitios de barrios en precario, donde viven en condiciones miserables miles de familias costarricenses e inmigrantes ilegales nicaragüenses.

A esta situación de dominio centralizado en lo económico, social, político y administrativo le calzan bien estas palabras: "El funcionamiento del aparato estatal sigue estando muy centralizado, en el sentido estricto del término. Se gobierna desde el centro, y para el centro, y esto no es contradictorio con la ausencia del Estado en muchas partes del territorio. Cabe señalar que los organismos llamados 'autónomos' o 'descentraliza-dos' participan plenamente de esa concentración de poder" (subrayados nuestros) (Demyk, 1995, p.25). Casualmente Demyk señala un hecho de capital importancia para el futuro de San Carlos como región política: la descentralización desconcentración del poder estatal-nacional que permita un mayor desarrollo autónomo. Paralelamente debe fortalecerse el poder municipal como expresión política local de las distintas fuerzas. El fortalecimiento de la municipalidad ayudará a un mayor despliegue de las fuerzas y grupos comunales, sean económicas, sociales o culturales. Habrá, entonces, que recomponer el variado mosaico regional para buscar un nuevo consenso social y político. Este mismo reto aguarda a las restantes regiones periféricas costarricenses.

De todas formas, el hecho básico a destacar es el siguiente: desde la Colonia, el Valle Central es el eje articulador del mercado nacional costarricense. En la medida que las diferentes regiones surgidas del gran proceso colonizador de los siglos XIX y XX se integran al Valle Central, se constituyen como regiones económicas (Hilje Quirós, 1991).

Las regiones periféricas establecen nexos económicos -generalmente como

proveedores de materias primas o de alimentos y como receptores de artículos industriales; la misma relación existente entre Costa Rica y el mundo capitalista industrializado se reproduce a nivel nacional entre el Valle Central y su periferia; por eso, muchos autores hablan de "Colonialismo interno"- con el Valle Central; no entre sí. El Valle Central funciona casi como "el mercado nacional" (Vega Carballo, 1986).

En consonancia con lo dicho, San Carlos se conforma como región económica sólo después de 1950, pues es a partir de entonces cuando se articula a un mercado nacional costarricense claramente hegemonizado por el Valle Central.

Ahora bien: ¿Cuál es la dinámica que influye en la constitución de San Carlos como región económica?

a. La ganadería.

En la década de 1950 se abre el mercado norteamericano para la carne costarricense, lo que da por resultado un enorme incremento de la tierra dedicada a pastos. Como resultado, se produce una gran deforestación de bosques para dar paso a una ganadería extensiva. Por sus mismas características basadas en el uso extensivo del suelo, la ganadería provoca una gran concentración de la tierra. Los grandes ganaderos son tanto de la zona como ausentistas que residen en el Valle Central. Con ésto se continúa una característica de la ganadería nacional proveniente de la Colonia: el ausentismo de los dueños. Estos ganaderos constituyen en San Carlos un fuerte grupo de presión (Aguilar, 1984) y establecen nexos con grupos ganaderos de otras regiones del país a través de la Cámara Nacional de Ganaderos que aglutina al sector.

A partir de los años 60, la ganadería lechera cobra auge en San Carlos. A ello contribuye la llegada de muchos hatos lecheros provenientes de las zonas altas de Cartago, principal cuenca lechera hasta entonces, que fueron comprados a bajo precio por ganaderos norteños, pues las erupciones del Volcán Irazú entre 1963-65 arruinaron la actividad en aquella provincia (Molina, 1978) con anterioridad -años 50- la Cooperativa Dos Pinos tenía un puesto para recibir leche en San Carlos y un buen porcentaje de sus socios históricamente han estado en esta zona.

En este momento, San Carlos es la principal cuenca lechera del país y en todo el cantón hay fincas lecheras. Sin embargo, las zonas más idóneas siguen siendo las del piedemonte o de altura, ubicados en los distritos de Ciudad Quesada, Aguas Zarcas y Venecia. La Dos Pinos ha construido dos plantas industrializadoras en Ciudad Quesada: una de quesos y otra de leche en polvo.

En la ganadería lechera hay más productores pequeños y medianos.

La ganadería va a dejar su impronta en la cultura de San Carlos. Los ganaderos van a jugar un papel muy importante en la construcción de la Catedral de Ciudad Quesada, así como de otros templos distritales. El grupo ganadero hace sentir la presencia de sus miembros en distintas organizaciones sociales (Juntas Edificadoras, Club de Fútbol, Club de Leones). También invierten en otras actividades económicas (financieras, comercio, construcción, plantas ornamentales, servicios, etc.), diversificando de esta manera sus intereses.

Igualmente, un elemento fundamental del paisaje social de muchos pueblos sancarleños lo constituyen los redondeles. Las corridas de toros "a la tica" son diversión preferida del sancarleño. Igual sucede con los topes. Desde 1961 existe la Feria Ganadera de San Carlos, que desde mediados de la década

de 1970 es anual. Esta feria -que presenta muchos rasgos aculturizadores- es muy concurrida y puede decirse que pertenece al patrimonio festivo no religioso de la región.

A pesar de la crisis que desde hace varios años vive el sector, los ganaderos siguen vigentes en su importancia social. A esto ayuda el consumo del que siempre han alardeado, consumo "conspicuo" que no guarda relación con el deterioro económico experimentado por la ganadería. Un aspecto a resaltar de dicho consumo -más bien gasto- es la pasión de muchos de ellos por la crianza y adiestramiento de caballos para poder participar en los toques de las fiestas ganaderas o de las fiestas patronales de diferentes comunidades del país, sobre todo de aquellas que tienen mayor fama (Palmares, San José, Ciudad Quesada, Liberia, Santa Cruz, Nicoya, La Fortuna de San Carlos, etc.). La subyugante atracción por los caballos no es de sorprender en un grupo como los ganaderos preocupados por el status social; una distinción que sólo el consumo y un modo de vida despilfarrador suministra. Según la peculiar mentalidad del hacendado ganadero, los caballos confieren prestigio, fuera y, especialmente, dentro del grupo de los ganaderos. Hay en ello una reminiscencia medieval.

En efecto, en los ejércitos de la Europa feudal -y como una expresión más de una sociedad altamente jerarquizada- mientras los plebeyos -que iban marchando a pie- conformaban la infantería, la caballería estaba constituida por la nobleza, quienes aportaban también los mandos militares. Los torneos cortesanos -que tanta importancia tenían en la vida amoroso y cultural de las clases dominantes de la sociedad feudal- se realizaban a caballo. El caballo está identificado con la vida social de la nobleza. En esto el lenguaje es deudor de una realidad socio-cultural particular: del caballo derivan "el

caballero" y "lo caballaresco", simbolizando ambos lo "elevado", "fino", "cortés", "educado", las "buenas maneras". Las clases dominadas del período feudal también han dado sus aportaciones al lenguaje de uso cotidiano, sólo que en este caso con significados muy distintos a los anteriores; así, las palabras "plebeyo", "villano", expresan ordinareza, ramplenería y hasta maldad. Para los ganaderos costarricenses-guanacastecos, sancarleños o los dueños ausentistas que residen en las ciudades del Valle Central- el caballo da prestigio y distinción social. Para la mentalidad del ganadero los gastos en los caballos se justifican precisamente por la "distinción" que proporcionan. No importa que la hacienda no marche bien: hay que gastar en los caballos, comprar autos lujosos o viajar al exterior. El ganadero es esclavo del "status". De aquí que sus actitudes son más bien "tradicionalistas". Su mentalidad no estuvo nunca impregnada de los rasgos y valores que suelen asociarse con el capitalismo. Por eso, la mayoría no se han preocupado por modernizar sus haciendas para hacerlas más eficientes y productivas, sobre todo actualmente cuando la competencia es feroz. Muchos ni siquiera desean intentarlo. De cara a un mundo globalizado, ésto es un suicidio. El ganadero quizás no muera de pie: morirá a caballo.

De cualquier manera, la cultura popular sancarleña debe muchas de sus características a la ganadería. Su influencia cultural seguirá vigente aún después de su decadencia económica y social.

b. La caña de azúcar

Esta es otra actividad que han ayudado a conformar a San Carlos como región económica y que lo han integrado, al igual que la ganadería, al mercado nacional e internacional.

El desarrollo acelerado de la agricultura azucarera está -como la ganadería- relacionada con la apertura del mercado estadounidense, aunque en este caso por razones claramente políticas. En efecto, como una manera de combatir la Revolución Cubana de 1959, Estados Unidos cierra su mercado al azúcar cubano -su principal abastecedor- repartiendo cuotas entre otros países de la región, entre ellos Costa Rica (Achío y Escalante, 1985). Por eso, a partir de principios de 1960 se produce una significativa expansión del cultivo de la caña de azúcar, tanto en los lugares tradicionales del Valle Central (Grecia, Turrialba), como, sobre todo, en nuevas regiones: Guanacaste y San Carlos.

Desde el principio el desarrollo de la agricultura y agroindustria azucarera asumen un marcado carácter capitalista, reflejado en su racionalidad administrativa y productiva; eficiencia en el uso de los distintos recursos productivos; uso intensivo de tecnología, mano de obra asalariada, especializada en algunos tramos del proceso productivo; concentración de la tierra; centralización de la propiedad (Achío y Escalante, 1985).

El desarrollo azucarero en San Carlos presenta las características arriba señaladas. Sin embargo, y contrario a lo que sucede en el Área del Pacífico Seco (Guanacaste y Puntarenas), en San Carlos es muy importante el aporte de los pequeños y medianos productores de caña de azúcar (Mario Fernández, 1983). A pesar de ello, la tendencia en las ramas con alto desarrollo capitalista es al predominio de la gran producción a costa del productor mediano y pequeño, que cumplen el papel de suplidores de materia prima a los grandes ingenios (que a su vez se la suministran a la industria, sea ésta alimenticia, química o farmacéutica).

En San Carlos la producción cañera se concentra en los distritos de

Importantes ingenios

azucareros son Quebrada Azul en Florencia (el mayor de la zona); Santa Fé en Ciudad Quesada y Arenal en Pocosol. Todos estos ingenios cuentan con grandes plantaciones de caña de azúcar. La propiedad de estos ingenios está muy concentrada.

Los ingenios -expresión del desarrollo capitalista (Achío y Escalante, 1985)- desplazan a los trapiches, de gran importancia económica y cultural en el desarrollo de muchas regiones y pueblos de Costa Rica, entre ellos San Carlos. La caña de azúcar fue introducida por los españoles a Costa Rica a fines del Siglo XVI (Carlos Meléndez, 1982). En un principio, la técnica era muy rudimentaria, pues durante mucho tiempo se usaron los bueyes como fuente de energía. Durante los siglos XVIII y XIX crece el número de trapiches, especialmente en el Valle Central (Fonseca, 1989). Adonde quiera que se extiende la frontera agrícola, ahí van los trapiches acompañando a los emigrantes del Valle Central.

0154235

La geografía sancarleña, hasta principios de la década de 1970, vio surgir innumerables trapiches. Todavía en la década de 1960, era corriente ver gran cantidad de carretas tiradas por bueyes llevando su carga de dulce al día de mercado de Ciudad Quesada, (los viernes).

El dulce ha sido un elemento fundamental de la cultura popular costarricense del Valle Central (a la que pertenece San Carlos mayoritariamente). El agua dulce es bebida común de Costa Rica. En San Carlos no falta en los turnos de las distintas comunidades o para la época navideña. Las chorreadas se elaboran con la "miel de tapa", al igual que muchos postres. Los dulces derivados del trapiche (como los "pericos", el "subido" o las melcochas, las cuales tenían distinta preparación según las

innovaciones que las familias quisieran hacer) son todavía muy populares.

La

económica: también era un hecho social y cultural. Las familias vecinas al trapiche se reunían y mientras se realizaba "la tarea", se charlaba y, claro, se consumía el sabroso dulce. La molienda era en realidad una animada tertulia donde se hablaba de política, fútbol o de los asuntos familiares y comunales. Uno de esos espacios -como la pulpería o el billar- de palestra comunal que se han ido perdiendo. El silencio y la soledad lentamente se imponen.

A pesar de la dura embestida del ingenio, el trapiche sobrevive en algunas regiones (San Antonio de Escazú, la zona de Los Santos; algunos pocos quedan en Guanacaste y San Carlos). ¿Por qué? Más que por razones económicas, el trapiche subsiste por razones culturales. En efecto, el costarricense no puede prescindir de aspectos esenciales de su patrimonio alimenticio que sólo le puede brindar el trapiche. En este caso, lo económico -la rentabilidad del trapiche- es tributario del elemento cultural.

Con el desarrollo del turismo, el trapiche ha visto fortalecido su resurgir. Muchos trapiches en desuso han sido puestos de nuevo a funcionar para satisfacer el interés de los turistas. En este caso también, la rentabilidad económica se deriva del hecho cultural. En efecto, al turista le interesa el trapiche como fenómeno cultural. Y como tal le es ofrecido. Obviamente, lo económico está reforzando un hecho que esencialmente es cultural. El turismo, bien manejado, puede ayudar a rescatar y vigorizar muchos aspectos importantes de la cultura popular costarricense, sobre todo de la comida o de la cultura productiva. El trapiche es uno de ellos.

Lo anterior resulta interesante si se considera que en otros países

(Méjico, Guatemala, Perú) -aunque en Costa Rica también se han dado ejemplos- el turismo ha perjudicado a las culturas populares (García Canclini, 1989). Al imponer y "estandarizar" ciertos gustos, el turismo ha arruinado la creatividad y fantasía de mucha artesanía y arte popular.

c. Los cítricos y otros productos no tradicionales

Como consecuencia del Ajuste Estructural, a mediados de la década de 1980 comienza a cobrar fuerza la denominada "agricultura de cambio", consistente en diversificar las exportaciones agrícolas con productos no tradicionales (cítricos, plantas ornamentales, raíces y tubérculos, especias, etc.). Los campesinos costarricenses son obligados casi por la fuerza a integrarse a esta "nueva estrategia de desarrollo", que ha desestimulado los productos básicos (maíz, frijoles, legumbres) y ocasionado la desaparición de decenas de miles de familias campesinas en San Carlos y el resto del país.

Empresas extranjeras o grandes empresarios nacionales -los cuales son en ocasiones socios- son quienes han hegemonizado la "agricultura de cambio". Algunos autores llaman a este fenómeno "transnacionalización del agro costarricense" (Altemburg et al., 1990) se les podría denominar también como "economías de neoenclave". En efecto, muchas características del enclave bananero, por ejemplo, se pueden detectar fácilmente en las empresas que se han establecido en San Carlos y otros lugares de Costa Rica. Entre esas características pueden mencionarse el control de casi todo el proceso productivo, especialmente de los canales externos de comercialización. Esta situación estratégica tan ventajosa de las empresas grandes, transforma a los productores sancarleños (pequeños o medianos propietarios, cooperativas o asentamientos campesinos) en suministradores de materia prima. Las grandes

empresas, al controlar el mercado externo, pagan a los productores sancarleños los precios que desean. Si los precios bajan en el mercado internacional, entonces simplemente no compran la producción de los agricultores de la región, ocasionando frecuentemente la ruina de muchos de ellos.

En la zona han cobrado especial relieve los cítricos, sobre todo la naranja y la piña. Empresas como Tico Fruit y Cabo Marzo, entre otras, dominan la producción de estos productos. Antiguamente, la producción de piña estuvo en manos de pequeños y medianos agricultores de los distritos de Pital, Venecia y Aguas Zarcas.

En La Tigra han cobrado gran auge las plantas ornamentales, cuya producción es controlada por una empresa de capital extranjero. Los productores de La Tigra son, aquí también, suplidores de materia prima. La fuerza de trabajo es reclutada en el lugar, destacándose la amplia incorporación de la mujer. La agroindustria no tradicional de exportación se caracteriza precisamente por la gran participación en la actividad de la fuerza laboral femenina.

Los agricultores de la zona que han podido "reconvertirse" (eufemismo para denotar a los productores que dejan los productos básicos para pasarse a los no tradicionales de exportación) han tenido mayor éxito en la producción de raíces y tubérculos (Rojas y Román, 1993). En algunos casos no sólo se controla la producción, sino que también se tienen empacadoras donde se da valor agregado al producto. No obstante, la comercialización sigue estando dominado por empresas trasnacionales como la DOLE, que no pagan a los productores en su justo valor.

Algunas consecuencias sociales de este proceso histórico iniciado en la década pasada ya fueron mencionadas. La más importantes son el abandono de

productos básicos que tienen asimismo una gravitación en la cultura gastronómica sancarleña -y costarricense- como el maíz y los frijoles, y la acelerada desaparición del campesinado como clase social. ¿Qué efectos tiene todo lo anterior sobre la cultura de la región?

Para contestar esta pregunta habría que hacer un trabajo de campo. A falta de mayor información, se pueden aventurar algunos comentarios a manera de hipótesis.

El campesinado sancarleño ha sido depositario -y no sólo depositario, por supuesto, sino también que el campesino amplía, enriquece y desarrolla el patrimonio cultural recibido, vivificándolo con su experiencia individual, familiar y comunal- de toda una herencia cultural que contiene valores, creencias, actitudes, prácticas productivas, conocimientos, sentimientos, festividades, etc. Esta herencia cultural es la que ha permitido -como, por lo demás, toda cultura- la creación de relaciones comunales básicas para la

Naturalmente, esta cultura no existe en el vacío, sino en un contexto socio-económico que la sostiene y activa, propiciando cambios, que la pueden enriquecer o no. La cultura es como el aire: no se nota, pero sin ella no hay convivencia social.

Al desaparecer las condiciones económicas y sociales que hicieron posible la existencia del campesinado, éste desaparece como categoría económica, social, política y como ente generador y vivificador de cultura. Al proletarizarse, el antiguo campesino conserva parte de sus viejos rasgos culturales; pero éstos necesariamente se transformarán al enfrentar una nueva situación existencial y social. Igualmente si debe emigrar a otras regiones (por ejemplo, al área metropolitana de San José). En este caso, habrá un proceso de adaptación, con el consiguiente aprendizaje de la cultura

característica de la dura y amarga realidad de la marginalidad urbana o suburbana.

La "trasnacionalización del agro" está significando un empobrecimiento cultural no solamente de la región sancarleña, sino también del resto del agro costarricense. El vacío cultural resultante causa crispación. Al desaparecer la cultura popular, Costa Rica y sus regiones pierden su fisonomía y su ser, difuminando su identidad, conformada en el trayecto de una larga historia compartida. Este gris interregno cultural se ahonda a medida que se acelera la aniquilación social de clases que han sido básicas para la identidad nacional costarricense. ¿La difuminación óptica será una de las principales causas de la esquizofrenia social y la angustia existencial del costarricense del presente? Tal vez. Por otra parte, la pérdida de la identidad cultural - en las regiones y a nivel nacional-, ¿será un requisito para los nuevos procesos de acumulación que requiere la globalización del capital, impuesta por los grandes centros de poder mundiales? Puede ser.

Es curioso, en todo caso, comprobar las paradojas de la historia: si la ganadería o la caña de azúcar han influido en la conformación de San Carlos como región económica, los nuevos procesos productivos desbordan la identidad cultural regional surgida al calor de aquel contexto. Realmente se ha pasado de una "nacionalización" de la economía regional -al integrarse plenamente al mercado costarricense- a una "trasnacionalización" de la misma, con las consecuencias culturales recién apuntadas.

d. El Turismo

En la segunda mitad de la década de 1980, el turismo hacia Costa Rica aumenta de manera dramática, manteniendo un gran ritmo de crecimiento hasta

aproximadamente 1993, año a partir del cual se estabiliza el flujo de turistas que visitan el país.

Una de las regiones en las que el turismo ha tenido un significativo impacto ha sido San Carlos, como en términos generales, la Zona Norte. En los (El Tucano, Tabacón, Tilajari), pero la mayoría más bien medianos o pequeños. Si bien es verdad hay extranjeros que son dueños de centros turísticos, lo más notable es que un buen porcentaje de los establecimientos turísticos son propiedad de personas de la zona. Esto es singular, pues presenta un gran contraste con otras zonas del país donde el capital extranjero domina claramente la actividad turística.

En que, características escénicas, muestran un gran desarrollo turístico. La Fortuna, La Tigra son buenos

Lo deseable para el caso sancarleño sería que el mayoría número posible de comunidades puedan sacar provecho del turismo. Para algunas familias el turismo puede complementar los ingresos obtenidos en la agricultura, la ganadería o la agroindustria. De hecho, estas actividades se han vuelto de por sí de interés turístico. Para otras familias, el turismo puede suministrarles los medios económicos de vida.

En síntesis, el turismo es una de las últimas actividades que confieren plenamente integrado al mercado internacional- su singularidad como región económica.

Pero, ¿cómo puede afectar el turismo la cultura popular de la zona? El turismo, para hablar de efectos potencialmente nocivos, puede afectar -al

referencia- la originalidad y creatividad de las artesanías y del arte popular, al imponer ciertos temas que fácilmente devienen en "cliché" (García Canclini, 1989), en tópico folclorizante que puede inhibir al artesano imaginativo a probar otras formas y temas más acordes con su temperamento. Por otra parte, el estilo de vida del turista extranjero, sus valores, gustos y actitudes pueden deslumbrar fácilmente a los lugareños, incitándoles a imitar la cultura del foráneo, la cual se considera poco menor que normativa, llevando al desdén de la propia cultura. Surge un fenómeno psico-social que algunos han llamado de "inferiorización inducida", especie de dicotomía existencial en la cual se añora un estilo de vida al que, objetivamente, no se puede acceder. También se puede denominar vida alienada a esta particular situación de incertidumbre. En otro plano -pero con los mismos resultados-, un efecto similar producen ciertos programas televisivos de amplia audiencia en San Carlos y el resto de Costa Rica. Dichos programas presentan el "american way of life" pero de las clases adineradas. El espectador criollo observa -y envidia- una forma de vida, que en nada se parece a la suya (Rodríguez Barrientos, 1993, Tomo III). El turismo ha suplantado, en este caso, a la televisión. Algo de lo que revoloteaba en el programa televisivo ha cobrado forma, está ahí, "al alcance de la mano".

Esta amenaza del turismo quizás no deba exagerarse, pero tampoco puede minimizarse. Los turistas están ahí: eso es lo único indiscutible.

No obstante, el turismo puede tener -y de hecho se pueden citar casos- efectos beneficiosos para la cultura popular de San Carlos (y de las otras regiones de Costa Rica). Uno de los aspectos de la oferta turística, todavía no explotados suficientemente, lo constituye la cultura, en especial la comida. El turista tradicionalmente se ha interesado por la comida de los

países y regiones que visita. Costa Rica no es la excepción. No es de extrañar, entonces, que muchas facetas de la cocina criolla, con sus variantes y añadidos regionales, hayan tenido un resurgir vigoroso gracias al turismo. Platos hasta hace poco años difíciles de hallar, se han vuelto ahora de nuevo populares. En los lugares de mayor atracción turística -y no solamente en San Carlos- pueden verse restaurantes que ofrecen "comidas típicas".

lucrativa, muchas familias han montado negocios para vender la comida tradicional. Esto resulta alentador porque la cocina criolla, como elemento cultural que es, forma parte de la identidad costarricense (Ross, 1992). Al tener importancia económica, es más fácil que la cocina popular pueda mantener su vigencia, incluso puede hasta enriquecerse al entrar en contacto con otros tipos de comida. Además, la gran riqueza y variedad de la naturaleza tropical facilita la "experimentación innovadora"

"experimentos" que luego se generalizan. De hecho, esta es la forma como se ha desarrollado toda cocina de respeto.

e. La energía hidroeléctrica

Esta es la última actividad que está conformando a San Carlos como una región económica. Al respecto, es importante hacer una breve digresión: no existen regiones plenamente constituidas en ningún plano (sea económico, político o cultural). A lo largo de su historia particular, cada región va cambiando; esos cambios le pueden añadir nuevas actividades económicas, pero igualmente se las pueden quitar. Toda región está abierta a los avatares de la historia que pone, añade, quita o borra. Como región económica, social o cultural, San Carlos es un proceso histórico abierto. A partir de que se consolida como una región económica -entre 1950 y 1980- adquiere, cierto es,

una fisonomía propia claramente identificable. Pero luego de esa conformación

En Costa Rica podemos distinguir, siguiendo los conceptos antes peculiar, se produce la apertura a sucesivas actividades económicas que se indicados, varias regiones: Atlántica, Guanacaste, Valle Central, Zona Norte, realizan no sobre un vacío, sino sobre un espacio geográfico que es al mismo Zona Sur, Costera (caribe o pacífica), Talamanca (pueblos indígenas). tiempo un espacio económico, político, social, histórico y cultural: una Naturalmente, las regiones pueden dividirse en subregiones. Así, para el caso región en sentido estricto. Por eso, los cambios que se generan no sólo de Guanacaste, pueden identificarse la región que abarca las haciendas afectan lo económico, sino que repercuten sobre lo social o lo cultural. En ganaderas, las zonas costeras, las zonas montañosas como Tilarán, que este sentido, la eventual desaparición del cultivo del maíz no es un hecho culturalmente pertenece más al Valle Central, etc.

económico con repercusiones sociales; es también -y quien sabe sino sobre

Lo hasta aquí dicho es suficiente para hacer visible lo complejo de toda todo- un hecho cultural, porque el maíz tiene una importancia fundamental en metodología que intente explicar la dinámica cultural en una región la comida de prácticamente todas las regiones de Costa Rica. El maíz es cualesquiera. Las líneas siguientes pretenden describir el proceso de la asimismo, herencia de los pueblos precolombinos, quienes forman arte del conformación de San Carlos como región económica, política, histórica, sustrato racial y cultural del costarricense. Por otra parte, nuevas geográfica y cultural.

actividades agrícolas o agroindustriales acumulan -como recién se dijo- nuevos

perfiles sobre la configuración históricamente creada de la región. Con ello

cambia no solamente lo económico, social y cultural, sino hasta el paisaje

mismo y el paisaje forma parte de las vivencias más profundas de los

individuos y de las comunidades.

Un mismo lugar -que no un mismo paisaje- puede ser percibido, vivido o

recordado por diferentes personas -que, naturalmente, puede ser la misma

persona- o generaciones. En efecto, mucha de nuestra vida emocional está

conformada por ese denso haz -a modo de un claro oscuro difusamente

incorporeo- de sensaciones, intuiciones o sentimientos asociados al paisaje,

ya sea por características intrínsecas de éste o por estar relacionados con

momentos importantes de la propia vida (Pérez, Iglesias, 1994). Obviamente,

las distintas modalidades productivas -campesinas de subsistencia; campesinas

que produce para el mercado; relaciones capitalistas, hacendarias, etc.- así

como los diversos productos son los que causan transformaciones en el ambiente, a veces muy negativos y que ponen en entredicho un desarrollo sostenible -y hasta el mismo desarrollo- de la agricultura (deforestación, erosión de suelos, sedimentación de los ríos, destrucción de cuencas, envenenamiento del ambiente, sean las aguas de los ríos o las subterráneas o de los mismos productos agrícolas, etc.). Está por estudiar esta relación entre cambio paisajístico por la dinámica productiva y la cultura de la región. Existe aquí una rica veta para una sociología y psicología de la cultura.

Terminada la digresión, se regresará al punto del cual se estaba tratando. San Carlos, como el resto de la Zona Norte, reúne condiciones óptimas para el desarrollo hidroeléctrico. Lo quebrado de parte del terreno así como la gran abundancia de ríos, la hacen idónea para la generación eléctrica.

El I.C.E. desarrolla en la región el Proyecto Toro I y II. En estos momentos están funcionando o por concluir diversos proyectos hidroeléctricos privados. Bastantes de los proyectos particulares ya aprobados o en trámite, se ubicarán también en San Carlos.

La generación hidroeléctrica representa una diversificación cualitativa en las actividades productivas de una región hasta hace muy poco tiempo esencialmente agropecuaria. Lo interesante del caso sancarleño es que la mayoría de los proyectos de generación privada tienen total o parcialmente capital privado regional, hecho notorio si se tiene en cuenta tanto los montos de las inversiones como el desarrollo tecnológico que implica la generación de electricidad a partir de los recursos hidráulicos.

Hay otras actividades económicas que habría igualmente que destacar,

sobre todo considerando su potencialidad. Es el caso de la agroindustria forestal, que en la región ha sido importante desde hace muchos años. Sin duda, la desaparición paulatina del bosque, ha conducido a implementar nuevas estrategias para un renovado impulso al sector. En la zona se están asentando fuertes empresas extranjeras dedicadas al cultivo y explotación de especies exóticas (teca y melina fundamentalmente). Para ello están comprando miles de hectáreas. Pero también hay empresarios locales dedicados a la reforestación de fincas, manejo del bosque y, a la creación de plantaciones. Pareciera que, por sus grandes inversiones que, además, son de mediano y largo plazo, la agroindustria forestal va a concentrarse en pocas manos, siendo de primordial importancia el capital extranjero. Este sector es un buen ejemplo de la paulatina transnacionalización del agro sancarleño -y costarricense- antes mencionada.

Junto a la producción hay que considerar la distribución de ésta (comercio), así como los servicios. El comercio ha tenido un crecimiento sostenido en San Carlos, no solamente en la cabecera regional (Ciudad Quesada), sino también en algunos de los principales distritos como Pital, Florencia, Aguas Zarcas, La Fortuna o Santa Rosa de Pocosol. Aún más: relativamente, la expansión comercial y poblacional ha sido mayor en éstos distritos que en la misma Ciudad Quesada, rasgo que diferencia a San Carlos de una región similar en muchos aspectos como lo es Pérez Zeledón, en la cual la cabecera -San Isidro de El General- domina ampliamente a los distritos, los que no han podido prosperar a un ritmo similar al experimentado por los distritos sancarleños más pujantes (Altemburg, 1990).

De todas formas, analizando la población económicamente activa (P.E.A.) de San Carlos, es fácil darse cuenta que el sector agropecuario sigue

predominando ampliamente (Sánchez, 1989), con la excepción de Ciudad Quesada. En distritos como Cutris, Florencia o Venado porcentajes que oscilan entre el 75% y el 80% se ocupan en el sector agropecuario.

En Ciudad Quesada, por el contrario, casi las tres cuartas partes se ocupan en el sector comercio y en los servicios, siguiéndole después la agricultura, la ganadería y la industria. Esta distribución no es de extrañar tomando en cuenta la gran presencia institucional en Ciudad Quesada y el hecho de que la concentración de población facilita la expansión del comercio y los servicios. En este sentido, Ciudad Quesada presenta una P.E.A. muy parecida a la de San Isidro de El General (Altemburg, 1990).

Esta "urbanización" de la población sancarleña es un proceso que se acelerará en los años venideros. Ciudad Quesada verá aumentar su posición como centro regional. Pero distritos como La Fortuna, Pital, Florencia, Venecia, Aguas Zarcas o Santa Rosa de Pocosol tendrán un papel similar en sus zonas adyacentes. Este fenómeno, junto a otros muchos, deberá de ser considerado al momento de analizar las perspectivas de la evolución cultural de la región. Es probable que este nucleamiento de población conlleve nuevas influencias culturales, nuevos sincretismos- ¿serán, más bien, adherencias?- o pérdidas de elementos culturales tradicionales. Sólo el tiempo lo dirá.

III. SAN CARLOS: INFLUENCIAS EN LA CONFORMACION DE UNA REGION CULTURAL.

En los párrafos que siguen se analizarán las principales influencias que han conformado a San Carlos como una región cultural. Previo a ese estudio, se imponen algunas consideraciones aclaratorias. En primer lugar, cuando se habla de región cultural también se hace referencia a una identidad regional, entendiendo por identidad la afirmación vital y el sentido de pertenencia de los integrantes de una comunidad hacia su geografía, su historia y su cultura. La identidad comporta una lealtad hacia la región y también está construida por cálidos sentimientos afectivos y existenciales. Por lo general, la identidad de una región se conforma en contraposición a otras regiones (Pérez Iglesias, 1994). Naturalmente, toda comunidad tiene hechos o eventos socio-culturales que ayudan a cimentar una identidad (cultural y regional). A su vez, la identidad cohesiona a la comunidad. (Más adelante se estudiarán algunos de esos eventos socio-culturales que han tenido importancia en la cimentación de una identidad regional sancarleña).

En segundo lugar, la identidad no es un estado fijo sino una construcción histórica. Con ello se quiere decir que toda nueva generación hace sus propios aportes al patrimonio cultural que recibe. La cultura siempre se están transformando, y forzosamente tiene que ser así por que cada nueva generación enfrenta (y afronta) nuevos problemas. En su solución acude al patrimonio cultural que ha recibido, tomando unos elementos, desechando otros o incorporando mediante adopción o adaptación elementos provenientes de otros ámbitos culturales. La generación siguiente recibirá la herencia común aumentada (y a veces también, deformada). La cultura es, pues, histórica, pero una historia viva que adquiere forma y significado en la vida cotidiana de quienes integran una región cultural (o una cultura).

En tercer lugar, no existen culturas aisladas sino culturas que conviven. Por eso, el intercambio cultural es un hecho no sólo cotidiano sino fundamental entre las regiones y naciones. El intercambio cultural suele ser beneficioso, pero no siempre. Lo es cuando una cultura adapta, es decir, recrea, elementos de otra para solucionar los problemas que permanentemente debe enfrentar en su dinámica histórica. Pero el intercambio es negativo cuando, por un lado, se adoptan sin proceso transformador elementos de una cultura que no tienen ninguna relación con el tronco histórico de la cultura receptiva. Es el curso, para Costa Rica, de la adopción de festividades de procedencia anglosajona como el día de San Valentín, el Halloween o, lo que es aún más aberrante, el Thanks Given Day. Por otro lado, es también negativo el intercambio cuando los elementos culturales importados relegan, deforman o destruyen a los autóctonos. En ambos casos estamos ante el barbarismo cultural, (Rodríguez, 1993), ejemplo de deculturación (pérdida de los rasgos de la cultura receptora) y de aculturación (adopción acrítica de los elementos culturales foráneos).

La deculturación y aculturación se dan cuando hay asimetría entre culturas diferentes, pudiéndose hablar entonces de cultura dominante -o hegemónica- y de cultura dominada. Es una relación desigual porque la cultura hegemónica controla los mecanismos para imponerse a las culturas que sufren su dominación. Hoy en día dichos mecanismos están constituidos especialmente por los medios de difusión masiva, sin ser, naturalmente, los únicos. En su momento se ahondará más en los peligros de esta monopolización del campo industrial masivo (González Ordosgoitti, 1990) para las culturas populares costarricenses y no sólo de la región de San Carlos.

En cuarto lugar, existen distintos campos culturales: el académico, el

industrial masivo y el popular, que Enrique González llama "campo cultural residencial popular" (González Ordosgoitti, 1990). El primero comprende las creaciones más elaboradas, con una altísima formalización y cuya práctica y recepción requieren de un largo aprendizaje. Ciertos autores la han denominado asimismo como "cultura de élite" (García Canclini, 1989).

El campo industrial masivo comprende a los medios de comunicación (cine, televisión, revistas, radio, periódicos, etc.) y es el campo dominante en la actualidad. Sus creaciones son también formalizados -aunque mucho menos que en el campo académico- y son elaboradas pensando en el consumo masivo. De ahí la monótona repetición que caracteriza a sus creaciones.

Finalmente, está el campo popular que comprende la cultura de las clases subordinadas o dominadas de una sociedad determinada (González Ordosgoitti, 1990). Esta cultura popular debe "considerarse como un conjunto de elementos que conserva y sintetiza la experiencia colectiva que acumula un pueblo en su devenir histórico. Esa memoria colectiva...permite a los individuos integrarse en la comunidad, interiorizando valores y pautas de conducta...En nuestro medio la cultura popular o 'cultura de grupos subalternos', no presenta valores uniformes, sino que jerarquiza en su interior diversos elementos surgidos en virtud de los distintos procesos históricos. Constituye la expresión de la concepción del mundo de esos grupos subalternos, es el legado de la tradición que se ha ido transmitiendo de generación en generación en forma no institucionalizada. Representa los valores más importantes en los que radica, en gran parte, 'la esencia de la identidad nacional y el germen de la cultura nacional popular'" (Bonilla y Montezuma, 1993, pp 36-37).

Todos los anteriores campos culturales conforman la cultura nacional de un país (González Ordosgoitti, 1990; Corrales, 1995). Si bien es verdad las

diversas clases sociales se decantan por algunos de los campos anteriores, en la realidad un grupo social puede compartir más de un campo cultural. Así, por ejemplo, las clases populares pueden consumir su cultura tradicional o la del campo industrial masivo y aún del mismo campo académico. O personas de las "clases superiores", aparte de la cultura académica, pueden consumir asimismo la cultura industrial masiva y, ¿por que no? hasta elementos de la cultura popular. De hecho, en el caso de San Carlos y a pesar de la división social existente, las diversas clases sociales siguen compartiendo elementos de la cultura popular (Rodríguez, 1995).

En quinto lugar, "dentro de una sociedad determinada los diversos grupos y clases sociales que la conforman, elaboran y transmiten sus valores culturales de manera diferente" (Bonilla y Montezuma, 1993, p.37). La cultura de los campos académicos e industrial masivo se hace por medios debidamente formalizados (escuelas, colegios, universidades, cine, televisión, radio, etc.) lo que garantiza continuidad y evolución. En cambio, la cultura popular se transmite mediante la oralidad, la imitación, el mimetismo, la vivencialidad o experiencia directa, etc. (González Ordosgoitti, 1990). Esta quizás sea una razón de su desgaste y de su situación de inferioridad respecto a los otros campos culturales.

Hechas las aclaraciones precedentes, se ofrece enseguida un desglose de las influencias que han ayudado a conformar históricamente a San Carlos como una región cultural.

1. Influencia de la Región Histórica Valle Central.

San Carlos es un caso típico de transculturación cultural, fenómeno que se produce cuando un territorio prácticamente vacío es poblado por personas

que se establecen en él llevando la cultura de sus lugares de origen (es el caso de los ingleses que colonizan Australia, Nueva Zelândia o Canadá) (Darcy Ribeiro, 1982). En Costa Rica los migrantes del Valle Central que pueblan no solamente San Carlos sino otros territorios como la zona de Los Santos (Santa María de Dota, Tarrazú), el Valle de El General o Tilarán llevan consigo su propia cultura y la recrean en los lugares que van colonizando. Dicha cultura es, por lo tanto, la misma de sus zonas de origen, aunque el nuevo habitat y la propia dinámica cultural pueda eventualmente -y de hecho casi siempre sucede así- ocasionar variaciones, matices y hasta innovaciones. Se producen adquisiciones nuevas si hay contactos con otras formas culturales que conduzcan al mestizaje. En las periferias eso es mucho más probable puesto que las influencias culturales provenientes del centro se diluyen y se entra a una zona oscura y neutra, donde el perfil cultural original es más susceptible de variado (Fernando Ainsa). Y San Carlos es una periferia. En este sentido, lo nicaragüense hará sentir su influencia en varios elementos de la cultura popular sancarleña y nortea en general. Lo nicaragüense es "el otro" de lo costarricense. La psicología socio-cultural también tiene aquí un campo virgen para sus análisis.

Pero la pregunta que ahora se impone es la siguiente, ¿qué tipo de cultura trajeron quienes se establecieron en tierra sancarleña? Como este punto es fundamental hay que analizar las culturas (populares o no) existentes en el Valle Central al momento de la colonización del territorio sancarleño (segunda mitad del Siglo XIX), así como la gestación y evolución de esas mismas culturas.

La producción cafetalero es un hito básico en la historia económica, social y cultural costarricense. El café provoca una clara división de clases

distinta a la prevaleciente en el período colonial. La denominada "oligarquía cafetalera" se convierte en la clase dominante, y su hegemonía económica y social se impone al resto de la sociedad mediante el control del Estado. Esta clase social, que deriva del estamento comercial formado en la Colonia (Stone, 1976; Molina, 1991; Gudmundson, 1993; Fonseca, 1986), también buscará diferenciarse culturalmente del resto de la población, adoptando patrones culturales europeos (Patricia Vega). Hasta entonces, Costa Rica era culturalmente homogénea; en otras palabras: a pesar de diferenciaciones sociales internas, la población asentada en el Valle Central (Guanacaste es otra historia; pero los guanacastecos no colonizan San Carlos) compartía una misma cultura que se generó durante los siglos de vida colonial (Francisco Rodríguez, 1993). Esta cultura estaba conformada sustancialmente por ingredientes religiosos de raigambre católica, lo que, por lo demás, tampoco debe sorprender si se considera la enorme influencia de la Iglesia durante la Colonia en Costa Rica y el resto de la América hispana; influencia que se mantiene vigente hasta el día de hoy, aunque de manera mucho menos prepotente. El catolicismo aporta valores morales, actitudes ante la vida y la muerte, suministrando igualmente las más importantes festividades religiosas de la cultura popular costarricense: Semana Santa, Navidad, las fiestas patronales, el Corpus Christi, quemas de Judas, Rosarios del Niño. La religión impregna la vida cotidiana del costarricense de la Colonia y del Siglo XIX. Tal es la gravitación religiosa que influye hasta en la actividad económica, donde se adoptan decisiones que a nuestra mentalidad secular y racional puedan parecer irracionales, pero que son perfectamente coherentes y "lógicas" a una mentalidad influida por los valores y actitudes de la religión (Molina, 1991). Ejemplo de lo anterior fue -durante la Colonia- la común donación a las

cofradías de grandes haciendas ganaderas por parte de personas adineradas. Evidentemente, esta cesión de bienes patrimoniales conspiraba contra una continuada acumulación de capital. Pero no era "anormal" en una sociedad que consideraba la salvación y la vida eterna como valores esenciales de su pensamiento y actitud vital.

Recapitulando: todavía en los primeros años del desarrollo cafetalero no se había producido la escisión cultural en la sociedad costarricense que se hará enorme en décadas posteriores. Es famosa la descripción que hace un viajero europeo de una pelea de gallos donde, junto al pueblo bajo, participan apostando el presidente de la República (Juan Rafael Mora) y algunos miembros de su gabinete. Hoy día un rescoldo de este "democratismo" puede encontrarse en los estadios de fútbol, adonde se dan cita las más diversas clases sociales, aunque claro, unos pagan los carísimos palcos en el Ricardo Saprissa o el Alejandro Morera, mientras que la mayoría debe contentarse con la "gradería popular" (cuyos precios, dicho sea de paso, no son nada populares).

Sin embargo, el creciente contacto con la cultura europea cambiará pronto la mentalidad, los gustos y los patrones de consumo de la élite cafetalera (Patricia Vega). Lo "europeo" (lo "nórdico" en realidad: Inglaterra, Alemania, Francia y, posteriormente, Estados Unidos) se convierte en lo arquetípico para la clase dominante costarricense. Pronto la forma de vestirse y divertirse, el mobiliario, el tocado personal, la comida y bebida empezaron a ser "europeos".

Se aprende inglés y francés (para los que tengan una lengua más ágil, alemán); los hijos de la Oligarquía acuden a estudiar a las universidades de Francia o Inglaterra; se empiezan a leer los libros de los filósofos y escritores de moda en Europa (Spenser, Mill, Smith, Comte) y, claro, se

adopta la filosofía política en boga en las capitales europeas: el liberalismo; que tendrá influencia decisiva en el contexto cultural de Costa Rica.

Pero, ¿y el pueblo? Junto a la oligarquía cafetalera estaban los pequeños y medianos productores de café; los jornaleros; y en los centros urbanos del Valle Central, sobre todo San José, una clase media dedicada a las artesanías, los servicios o colocada en la creciente burocracia estatal...y el Ejército. Como se dijo anteriormente, los agricultores que se quedan sin tierra, los jornaleros o los hijos menores de las familias campesinas que consideran peligroso fraccionar la propiedad inician un proceso emigratorio, aún antes del "boom" cafetalero, pero sobre todo a partir de éste, cuando la emigración se vuelve masiva. Primero se colonizan las tierras al Occidente del Valle Central (Provincia de Alajuela) y luego, más al norte, el piedemonte sancarleño (Hilje Quirós, 1991).

¿Qué clase de cultura tenían estos pioneros? No era, por cierto, la refinada cultura europea que rápidamente asimilaban los integrantes de la clase dominante, sino la cultura que hasta aproximadamente 1850 era común a la sociedad costarricense. ¿Qué rasgos o características tenía esta cultura popular del Valle Central? Veamos algunos:

- a. Su génesis y desarrollo se remontan a la Colonia, es decir, a partir de la segunda mitad del Siglo XVI. Recuérdese al respecto que Costa Rica (el Valle Central para ser más exactos, puesto que el Guanacaste fue conquistado y colonizado más tempranamente) fue una provincia del Imperio Español de poblamiento tardío. De hecho, muchos de los principales conquistadores habían nacido en tierras americanas

(Guatemala, Nicaragua, Méjico), y estaban más aclimatados a la geografía del nuevo continente. De hecho, ya habían asimilado los productos de la agricultura aborigen (frijol, maíz, ayote, pejibaye, yuca, chile, etc.) que junto a los traídos por los españoles como el trigo y la caña de azúcar, constituían la base de su dieta alimenticia (Carlos Meléndez; 1982).

- b. Los elementos básicos son de procedencia española. Sin embargo, los indígenas y los africanos -los negros entraron desde un principio con los conquistadores hispanos como fuerza de trabajo esclava- también aportaron lo propio (alimentación, mascaradas, lenguaje, baile, música, etc.).
- c. La influencia del catolicismo es fundamental, pues aporta la visión del mundo que impregna las prácticas y comportamientos de la vida cotidiana así como las festividades más importantes de la cultura religioso-popular costarricense: la Semana Santa, las Quemadas de Judas, la Navidad, las fiestas patronales. La fiesta como hecho social cumple una función catártica en todas las sociedades históricas. "La fiesta saca a la comunidad de su cotidianidad, de los días siempre iguales, grises y duros, instaurando un nuevo orden, revelando la otra cara de la realidad, esa que no está hecha de límites y represiones)...Pero la fiesta también es una vuelta a los orígenes, una revitalización de las fuerzas adormecidas de la comunidad, un autoconocimiento de la colectividad" (Francisco Rodríguez, 1995). Esta relevancia social del elemento festivo no hace sino confirmar la marcada importancia de la

religión católica en la cultura popular de Costa Rica. En este sentido, y más allá de las particulares creencias de cada quien, el catolicismo ha sido un componente esencial en la conformación histórica de la identidad cultural costarricense.

Esta cultura nació y creció en un medio rural conservador y pobre como lo fue el Valle Central Costarricense durante los largos siglos coloniales y buena parte del Siglo XIX, cuando los procesos colonizadores adquieren una dinámica inusitada.

Es precisamente esta cultura desarrollada en el mundo ruralizado del Valle Central y con fuerte influencia católica -transformada ya en cultura popular plena de sentido y que abarca las prácticas de la vida cotidiana- la que es trasladada a San Carlos (Rodríguez, 1993) por quienes van a colonizar su territorio. Esta cultura es la base de la identidad cultural del sancarleño, la cual se enriquecerá posteriormente con otros aportes, tal y como se verá páginas adelante.

Se recomienda no olvidar estas consideraciones a la hora de analizar más adelante algunas festividades religioso-populares de San Carlos.

Recapitulando, entonces: la cultura traída o trasplantada por los sucesivas migraciones provenientes del Valle Central han constituido la base fundamental de la cultura popular sancarleña. Sería interesante estudiar la influencia que puede haber tenido las migraciones provenientes de Guanacaste y Puntarenas en las últimas tres décadas (por ciento, la cultura "costeña" del pacífico costarricense, hasta donde sabe el autor, ha sido poco estudiada). Sin embargo, hay que hacer la salvedad que muchos de esos migrantes son descendientes de pobladores del Valle Central que a su vez habían emigrado a zonas de Guanacaste y Puntarenas a fines del Siglo XIX y durante la primera

mitad del XX. Por lo tanto, traían la misma cultura "Vallecentrista" de la mayoría de los sancarleños. Con todo, esa misma cultura puede haber sufrido transformaciones al contacto con la cultura guanacasteca o con el especial ambiente del Guanacaste o de la costa pacífica puntarenense. Pero se trata tan solo de conjeturas que habría que someter a escrutinio empírico. Es uno de los tantos cabos sueltos de la historia y cultura populares de San Carlos que esperan al investigador acucioso.

Esta cultura del Valle Central ha sido adaptada y ha evolucionado acorde a las necesidades de la región sancarleña. No obstante, en los últimos 30 años ha sufrido los embates de la cultura difundida por el campo industrial masivo y se ha resentido por dicha influencia. Esta problemática es común a otras regiones de Costa Rica y a sus culturas populares. Como se dijo anteriormente, el modo de transmisión (oralidad, imitación, vivencialidad), de la cultura popular ha facilitado su debilitamiento y desaparición. Esta pérdida ha provocado una crisis de identidad del costarricense de todas las regiones (Rodríguez, 1993(al)). Para San Carlos también son válidas estas palabras de Fernando Calvo: "Costa Rica vive la crisis de identidad más alarmante de su historia. El caos producido por la invasión de corrientes foráneas, artísticas, intelectuales y culturales en general, la han llevado y traído por los caminos más contradictorios, a tal punto, de hacernos, a veces, dudar de nuestras propias raíces culturales. Y, más aún, nuestros hábitos, costumbres, nuestra verdadera idiosincrasia se alteran, se transforman, se alienan. Extraña mezcla de tradición bucólica con sociedad consumista, cuyos resultados finales desconocemos pero que, por sus frutos actuales, debe alarmarnos profundamente e impulsarnos a superar tal estado" (Calvo, 1993, p.42).

A pesar de su debilitamiento actual, muchos de los elementos culturales aportados por la influencia del Valle Central ligados a la tradición católica siguen vigentes e, incluso, en las comunidades más rurales muestran gran vigor. Las festividades religioso-populares son, según se vio, el aspecto de mayor gravitación aportado por la influencia vallecentrista: las fiestas patronales, romerías, rosarios del Niño, Semana Santa, la Navidad; sin contar con otros ámbitos relacionados con el ciclo vital; bautizos, cumpleaños, matrimonios o funerales.

De todas estas manifestaciones, son las fiestas patronales las que mayor importancia han tenido para el surgimiento y consolidación de los sentidos de pertenencia e identidad de los distintos pueblos sancarleños. La fiesta patronal tiene la particularidad de ser un microcosmos de la vida entera (económica, social, cultural) de una comunidad. Para los pueblos, la fiesta patronal es una especie de "vuelta mítica al origen" (Mircea Eliade) de su comunidad. La fiesta patronal acompaña la historia del pueblo. Si bien en las comunidades más grandes como Ciudad Quesada la fiesta patronal ha sido más "adulterada" en los pueblos más pequeños se mantiene la "pureza" de la tradición. Ello es evidente en la comida, la cual abarca los platos tradicionales: tamales, estofados, olla de carne, arroz con pollo, sopas de mondongo, chicharrones, arroz con leche, pan casero, mazamorra, chorreadas, café, aguadulce. Muy raras veces aparecen ingredientes "extraños" como spaguettis, pizzas. Las gaseosas sí son frecuentes, pero estas bebidas ya se han convertido en "populares" debido a su consumo, tan masivo como extendido.

Entre las fiestas patronales más importantes de la región pueden citarse la de San Carlos Borromeo (Ciudad Quesada), Virgen de la Candelaria (Venecia), Santa Rosa de Lima (Santa Rosa de Pocosol), San Juan Bosco (La Fortuna). Son

muy populares las romerías a San José de la Montaña los 19 de marzo y a los Angeles de la Fortuna los 2 de agosto.

Sin embargo, vale la pena detenerse en una fiesta ya desaparecida por las consecuencias que tuvo: Los turnos de la Iglesia, también conocidos como Los turnos de los cien mil colones.

Dice María Pérez Iglesias que la construcción de sus templos es la verdadera épica de los pueblos costarricenses (Pérez, Iglesias, 1994). Y tiene razón. Todos los grandes templos de Costa Rica (San Ramón, Palmares, Grecia, San Joaquín de Flores, San Rafael de Heredia, Vásquez de Coronado, Desamparados y un larguísimo etc.) se hicieron a lo largo de décadas con el aporte constante y sostenido de las comunidades. Ciudad Quesada no fue la excepción. El templo -que fue elevado al rango de Catedral con la creación de la diócesis de Ciudad Quesada el 26 de julio de 1996- fue construido entre 1952 y 1979, siendo bendecido oficialmente el 12 de diciembre de este último año. Empero, desde 1962 es utilizado regularmente en la liturgia religiosa. Los turnos de la iglesia se realizaron entre 1951 y 1973. Durante todos estos años, esta gran fiesta fue el centro de reunión del pueblo sancarleño y ello tiene su importancia si se considera que las comunidades del cantón estaban muy dispersas por las pésimas vías de comunicación. Por otra parte, el período en que existieron los turnos fue el de la colonización de la extensa llanura sancarleña y de una llegada masiva de inmigrantes. En este sentido, la fiesta se convirtió en el aglutinador de la atomizada población del cantón en la fraqua que ayudó a modelar una identidad propiamente sancarleña. En la fiesta se hacían presentes las familias -porque era una fiesta familiar, como lo son, por lo demás, las festividades patronales o la Navidad- de Aguas Zarcas, Venecia, Florencia, Pital, Muelle, La Marina, La Fortuna y, por

supuesto, Ciudad Quesada. Se hacían nuevas amistades o negocios; surgían noviasgos y luego matrimonios. Familias separadas por la distancia se

Se fortalecía el sentimiento de ser algo:

Paralelamente, se vigorizaba el sentido de pertenencia a un lugar que ya no era solamente una geografía, sino un espacio histórico y existencial cobijando a una población que empezaba a tener conciencia de sí misma. La fiesta y el templo cohesionaban la sancarleñidad de la población. Y fue un nacimiento alegre, porque alegres son los nacimientos, especialmente los ontológicos, cuando se manifiesta corpóreo y poderoso el SER de una región.

Pero esta manifestación todavía tuvo otras consecuencias, aparte de su primordial función óptica. Heredó como tradicional cultural la conciencia y necesidad de la organización, que se venía a sumar a los lazos solidarios que había demandado el proceso colonizador no sólo de San Carlos, sino del resto de la periferia costarricense durante los siglos XIX y XX. La empresa de asentamiento en nuevas fuentes de colonización era una tarea familiar, no individual. En ocasiones participaban varias familias vecinas de pueblos del Valle Central. Por eso, y considerando las dificultades de estructurar un nuevo espacio económico, social y cultural en la frontera en expansión constante, la colaboración, la ayuda intensificándose de este modo el sentido de solidaridad. Este sustrato comunal ya existía en San Carlos antes de que dieran inicio los turnos de la Iglesia.

Los turnos de la Iglesia exigieron una organización completamente inédita en San Carlos (Sancho, 1988). El padre Eladio Sancho Cambronero ideó una forma de organización que abarcaba a todos los pueblos del cantón con el objeto de recoger las donaciones con que se construiría el nuevo templo. Cada

barrio, cada pueblo tenía un comité local que trabajaba varios meses al año. La organización era coordinada por el mismo padre desde Ciudad Quesada.

Esta organización fue escuela para muchas personas y comunidades. La experiencia fue bien aprovechada, luego para otros fines, ya no seculares, sino de beneficio para los pueblos. El hecho de que en la zona el cooperativismo haya tenido tanto auge puede atribuirse, en buena parte, a este substrato organizativo que los turnos de la Iglesia dejaron. María Pérez Iglesias ha encontrado, aunque por otras razones históricas, parecida inclinación a la organización en el cantón de Palmares, que también explican el desarrollo en este lugar de las formas cooperativas (Pérez Iglesias, 1994).

Estos dos aspectos de la cultura sancarleña -el sentido de la solidaridad y las formas organizativas- son vitales para afrontar los duros retos del presente.

Esta influencia del Valle Central no se agota en las festividades religioso-populares, sino que permea todo el ámbito de la vida cotidiana. A esta herencia pertenecen también comidas y bebidas, remedios caseros, juegos infantiles, formas de divertirse. Como toda herencia cultural de un pueblo, se trata de una visión del mundo y de sus prácticas sociales consecuentes, plenas de simbolismos.

Muchas de las tradiciones de esta herencia cultural han desaparecido o desaparecen a ritmo acelerado. Una explicación de ello se ha dado en páginas anteriores. El tema será retomado cuando se analice con más pormenor la actual gravitación cultural sobre la región sancarleña -y el resto de Costa Rica- del campo industrial masivo.

Por otro lado, esta cultura popular no cesa de reproducirse, pues cada barrio o caserío que surge instaure su fiesta patronal junto a otras formas

tradicionales de cultura. En este sentido, es una cultura viva, que aún es capaz de dar significado a la vida comunal cohesionando sus lazos sociales.

Un aspecto interesante de estudiar es el constituido por el progresivo auge de las sectas protestantes. Ya se ha dicho que la cultura popular de San Carlos -y de la mayor parte del país- tiene una influencia católica fundamental. A medida que avance la religión protestante es posible que se pierdan muchos elementos de la cultura popular. El catolicismo contiene el elemento mariano (culto a la Virgen María), que es de gran importancia en la religiosidad popular de Costa Rica. El protestantismo no sólo considera espúreo este ingrediente, sino también otros muchos de la religiosidad popular de ascendiente católico. El protestantismo es, en este punto, muy escéptico. El catolicismo, por el contrario, ha sido mucho más dúctil a la hora de asimilar elementos de otras culturas y religiones. La historia del catolicismo en América es pródiga en ejemplos.

2. Influencia nicaragüense

La presencia nicaragüense es incluso anterior al poblamiento de San Carlos por colonos originarios del Valle Central. Los nicaragüenses aprovechaban los caudalosos ríos del norte de Costa Rica para sus expediciones en busca de caza, pesca o de árboles de hule (Corrales, 1995). Incluso, a fines del siglo XIX perpetraron matanzas contra los indios guatusos (Vargas Aragonés, 1986), lo que motivó la intervención del Obispo de entonces, Bernardo Augusto Thiel, cuya misión protectora a la región en 1882 ha quedado en la conciencia histórica de San Carlos. El nicaragüense estaba siempre de paso, sin asentarse en forma definitiva, entrando y saliendo. Con el tiempo se fueron instalando en la periferia sancarleña, tomando prácticamente la zona

fronteriza entre Costa Rica y Nicaragua. La población de los cantones de Los Chiles y Upala es mayoritariamente nicaragüense. Algunas familias se asentaron en Ciudad Quesada y con el tiempo se integraron al resto de la población.

Pero las cosas cambiaron a partir de la década de 1970. Primero fue la Guerra Sandinista contra la dictadura Somozista. Luego la desgastante lucha de la "contra", financiada generosamente por Estados Unidos que trajo a la región miles de refugiados. Por último la pobreza y el desempleo que ha arrojado sobre San Carlos y el resto de Costa Rica a una manea humana de decenas y hasta centenares de miles de Nicaragüenses. Costa Rica es ya un pedazo de Nicaragua.

Sea cual fuesen los hechos futuros, y aún con el regreso a suelo pinolero de muchos de los inmigrantes llegados en los últimos años, algo es innegable: la influencia nicaragüense está llamada a ejercer una significativa gravitación sobre la sociedad y cultura sancarleñas. Las formas culturales (mestizas o híbridas) resultantes están por verse.

Pero desde antes de este aluvión nicaragüense de la década de los 1990, su presencia cultural era evidente. La bebida nicaragüense típica, el pinolillo, es muy corriente en la llanura sancarleña (Santa Rosa de Pocosol es

En el vecino cantón de Guatuso también lo es. La comida nicaragüense se extiende imparable por la región sancarleña.

Colegio Nocturno de San Carlos asesorado por el autor, se encontraron varios remedios de origen nicaragüense (Rodríguez y Villalobos, editores, 1992). Incluso, los productos no maderables del bosque como la raicilla -cuyo uso se extiende cada vez más- son de inequívoca procedencia nicaragüense. Las

artesanías de San Carlos debe mucho a los nicaragüenses: es el caso de la zapatería y la joyería. Dos de las familias sancarleñas más conocidas en estas actividades son de origen nicaragüense: los Castillo y los Zapata.

El famoso altar de la Capilla de Colón de Ciudad Quesada se debe a un nicaragüense: Santos Zapata. Y así, podría continuarse.

Sin embargo, los más significativos aportes nicaragüenses a la cultura sancarleña están aún por venir.

Antes de finalizar esta sección, conviene hacer una reflexión más. Adriano Corrales ha llamado "Culturas de frontera" a la región fronteriza entre Costa Rica y Nicaragua que comprende lo que en términos políticos se conoce como Región Huetar Norte (Corrales, 1995). Pero, según este autor, la frontera no sólo se establece con el país vecino, sino también con otras regiones culturales de Costa Rica como Guanacaste, el Valle Central y la Zona Atlántica. Pero además de espacial, la frontera es asimismo temporal: fin de un milenio y uno nuevo que espera con su carga de esperanzas y temores. Además, la frontera es también racial: el mestizo blanco costarricense formado durante la Colonia en el Valle Central y el Nicaragüense, de clara ascendencia indígena y negra. La globalización económica y el gran mercado universal que avanza a pasos agigantados, por un lado. Por el otro, familias campesinas apegadas a sistemas de producción tradicionales que apenas deparan una dura subsistencia. En efecto: la Zona Norte de Costa Rica -San Carlos incluido, por supuesto- se perfila cada vez más acusadamente como una zona de frontera. Algo nuevo se fragua.

Todo centro, dice Fernando Ainsa (Ainsa, 1994), crea su periferia; pero en ésta la cultura central tiende a disminuir su fuerza, produciendo una zona indecisa, fluctuante, neutra. Los rasgos originales se desdibujan y al

contacto con otra cultura -ya se dijo que lo nicaraquense es el gran Otro de lo costarricense- empieza a nacer algo nuevo. Este es, ciertamente, la situación de San Carlos. No sucede así con otras zonas de la región fronteriza, las cuales son ya producto de la otra cultura (Upala y Los Chiles).

Sí. La zona norte costarricense es una región en ebullición. Con el sur de Nicaragua llegará a constituir con el tiempo un nuevo ámbito cultural. De ésto no puede haber dudas.

Este futuro parece anunciado por un poeta; un extraordinario poeta: José Coronel Urtrecho.

Coronel Urtrecho vivió buena parte de su vida en Medio Queso, cantón de Los Chiles. Su obra no es abundante pero sí de una notable calidad. Sus poemas reflejan la naturaleza fastuosa y fulgurante de la frontera con una reverencia a la vez parca y luminosa. Su poema más hermoso -y extenso-, "Poema de amor a mi mujer", es casi presocrático por el vigor holístico que lo anima hasta los límites de la consumación. Y es que la naturaleza fronteriza es prodigiosamente viva en esos versos de ritmo cautivador y salmodioso. La tierra, los ríos, el agua, la flora y fauna aparecen con la transparencia primigenia de la que se alimenta el vigor de los mitos. Esa naturaleza cambia infinitamente; es proteica. Pero en su fuerza arrolladora es siempre la misma. Su lenguaje está compuesto de signos cuya dramática resonancia late en el fondo de la conciencia de los individuos que la habitan. Coronel ha logrado imaginar poéticamente la intensidad del drama humano dentro de una naturaleza exuberante, madre y tirana a la vez, que lejos de ser contexto, se transforma en vivencia humana radical. Algo similar hizo Neruda con el paisaje andino o Saint-John Perse con el mar y la geografía antillanas.

Pero es que este poema capital, como otros de Coronel, también expresa el drama de un pueblo trashumante, el nicaragüense, amante de su tierra pero inexorablemente desterrado de ella como si cargara con un destino que no puede evitar. Hay algo bíblico en ello, pues ese drama recuerda al Exodo bíblico. Y Costa Rica es para este pueblo, en palabras del propio Coronel, la tierra prometida. Pero esta tierra sabe ser también indiferente y despectiva. Es una casa, pero no un hogar. Encuentro y desencuentro; constante peregrinar en círculo, sin llegar al lugar anhelado. Tristeza, desconsuelo, resignación, coraje impotente: el drama de la frontera. El sol sofocante, el calor pesado y húmedo, las lluvias torrenciales; gentes que se buscan, que conviven y malmueren sin reconocerse. la tierra prometida es, asimismo, una tierra baldía. Pero los hombres aprenden el difícil oficio de existir en los límites, donde una esperanza casi ciega vence a la realidad, avasallante en su crudeza.

Mito, génesis, muerte y resurrección, la poesía de Coronel es todo eso y más. Un camino abierto en la espesura selvática esperando que otros aventureros lo transiten y prolonguen con la misma lúcida osadía de su descubridor.

Hoy, nuevas fuerzas amenazan la zona. La riqueza minera que atesora el subsuelo, despierta la codicia destructiva de las grandes trasnacionales del sector. Una naturaleza agobiada por la deforestación irracional, aguarda el tiro de gracia del cianuro. En los poemas de Coronel no aparece este enemigo contumaz, poderoso, inescrupuloso. Pero ojalá, la fuerza indestructible que desarrollan los que se han acostumbrado a la adversidad, sí aparezca; y que venza, y que, al menos por una vez, la derrota no sea destino inevitable. Y que la tierra sea hogar; es decir: convivencia pacífica y fecunda. Cultura viva.

3. Otras influencias extranjeras (latinoamericanas, europeas o chinas)

Costa Rica ha recibido a inmigrantes de diversas partes del mundo que al establecerse en suelo nacional han aportado ingredientes al conjunto de la cultura popular costarricense. Algunas de estas minorías, al concentrarse en ciertas regiones, han influido más acusadamente en la peculiaridad cultural de las mismas (caso de los antillanos y chinos en Limón, los nicaragüenses en partes de la zona norte, italianos en San Vito de Coto Brus, etc.).

Estos inmigrantes pueden dividirse en los grupos siguientes:

- a. Latinoamericanos (centroamericanos -los nicaragüenses son un caso especial y por eso se consideraron aparte-; antillanos de habla española cubanos en especial; mejicanos; sudamericanos colombianos, peruanos, chilenos o rioplatenses-. Estos últimos tuvieron especial relieve desde la década de 1970, pues fueron muchos los que llegaron a Costa Rica en la diáspora causada por las dictaduras de Seguridad Nacional en el Cono Sur. Su influencia se manifestó en la vida artística josefina -teatro, danza, música- y en la comida. Los asados preparados al modo uruguayo o argentino se han vuelto común en ciertos sectores de clase media alta de San José. Incluso existen restaurantes especializados en este tipo de comida. La cocina continúa siendo el lugar ideal donde se producen las amalgamas y mestizajes de las culturas de los pueblos).
- b. Europeos (italianos, alemanes, ingleses, eslavos, españoles. Estos últimos son también un caso aparte debido al aporte racial y cultural básico que han dado a la nacionalidad costarricense. Cuanto se refiere a los peninsulares es a las últimas migraciones que aportan elementos

culturales de distintas regiones de España).

c. Hebreos y libaneses. Son minorías

industria y los servicios. Los judíos se concentran fundamentalmente en San José. Los de origen contrario, están más dispersos.

En San Carlos se establecieron algunas familias desde hace varias décadas y tienen presencia relevante en el comercio (los Sauma y los Jaikel).

d. Norteamericanos (estadounidenses y canadienses).

Orientales (chinos, especialmente). En el comercio y los servicios tienen una gran presencia. Si bien están extendidos por casi todo el país, en algunos lugares su influencia es más significativa (los puertos

f. Antillanos anglófonos. Tiene una presencia fundamental en la provincia de Limón, que le debe muchos de sus rasgos culturales básicos. Llegaron en las últimas décadas del siglo XIX para la construcción del ferrocarril al Atlántico y, posteriormente, para trabajar en las plantaciones del enclave bananero.

En el caso de San Carlos se siente la presencia cultural

en la comida, pero también en la música y el lenguaje.

tantas regiones del país, muy populares la comida china, italiana y

Las pupusas, de origen salvadoreño, también se han integrado paulatinamente a la comida de la región.

Es conveniente resaltar una influencia particularmente importante: la música ranchera mejicana. Si bien es cierto esta influencia se ha impuesto a partir de la irradiación del campo industrial masivo, no menos cierto es que ha sido adaptada a las necesidades culturales propias, lo contrario de otras influencias culturales, especialmente de procedencia anglosajona. No se trata, por tanto, de una simple copia. La música preferida del hombre de campo sancarleño durante varias décadas ha sido, precisamente, la música ranchera mejicana.

Aunque esa presencia cultural esté hoy mucho más diluida a consecuencia de otras influencia musicales irradiadas por el campo industrial masivo, sigue vigente en los gustos de las familias rurales de la región. ¿A qué se debe esta preferencia? Que el autor sepa, no hay estudios sobre el tema, así que no queda más remedio que arriesgar algunas hipótesis. Es posible que la temática de muchas de las canciones rancheras refleje la vida cotidiana del campo sancarleño, pues el fondo de dichas letras es la ganadería. Al mismo

esas letras exaltan valores relacionados con la ganadería y considerados paradigmáticos en el hombre de campo sancarleño: arrojo, coraje,

Sin contar con el machismo evidente de muchas de esas canciones: la vida patriarcal también se refleja y exalta en ellas. Es quizás este ambiente socio-económico, cultural y hasta psicológico ganadero, que es el contexto de origen de esta música así como del medio rural norteño, el que puede explicar el éxito de las rancheras mejicanas.

Esta música está como fondo de los topes y corridas de toros de las innumerables fiestas patronales de los pueblos rurales de San Carlos, aunque

en los últimos años experimenten la competencia de la música texana que el campo industrial masivo difunde (el cine y la televisión ante todo).

Pero también está presente en otro aspecto de las festividades patronales. En efecto, en las procesiones, los santos patronos suelen ir acompañados de música de mariachi. Al mismo tiempo, se ha popularizado en San Carlos la costumbre de dar serenatas a los santos patronos -o patronas- la víspera de su día con música ranchera mejicana. Es cierto que no siempre se tocan rancheras, pero el grupo que da la serenata es, invariablemente, un mariachi.

Todavía hay más: en muchas de las actividades socio-culturales sancarleñas (matrimonios, cumpleaños, aniversario de bodas, fiestas de empleados, etc.) la música ranchera es un ingrediente fundamental. Es curiosa la adaptación que el sancarleño -y el costarricense en general- ha hecho de esta música. En efecto: la música ranchera es utilizada en su contexto de adaptación como expresión de alegría y regocijo. Para el sancarleño, esta música canaliza la expansividad de la fiesta, del sentirse a gusto. Naturalmente, los tragos son, asimismo, una invaluable ayuda para lograr este ambiente de efusión y alegría. Y, sin embargo, es dudoso que en su lugar de origen -Méjico- las rancheras reflejen alegría. Todo lo contrario: si se analizan con cuidado las letras de tantas rancheras que se han hecho populares, más bien reflejan estados de tristeza, amargura, postración y desencanto. La ranchera es melancólica, a veces elegíaca. Frecuentemente reflejan una pérdida: son expresión de nostalgia. Así la viven los mejicanos. Lo que el costarricense ha hecho con la ranchera es parecido a que un pueblo llegara a convertir el tango argentino -expresión misma de la ausencia y la tristeza, ver lo que al respecto han escrito autores de la talla

de Borges, Sábato, Cortazar o Mario Benedetti- en música festiva o para momentos festivos. En este trastocamiento del sentido primigenio del elemento cultural y en la reasignación de funciones en el nuevo contexto socio-cultural, está, casualmente, la originalidad de la adopción de la música ranchera.

Es de esperar que a medida que se intensifiquen los contactos con el resto del mundo y que conforme se asienten -en San Carlos o en otras regiones de Costa Rica- personas de otros países, se enriquezca el patrimonio cultural, regional y nacional costarricense.

Para finalizar este apartado, sería interesante hacer referencia un tópico al que se le ha prestado poco interés y que tiene relación con lo que acaba de hablarse se trata del gran número de costarricenses que han residido en el extranjero y que luego regresan al país, frecuentemente con consortes extranjeras. Estas personas traen al país elementos culturales de los países donde han vivido y es de esperarse que algunos familiares y vecinos los imiten. Ciertos de estos elementos culturales pueden generalizarse; otros tal vez no. En todo caso, se trata de otra manera de enriquecer la cultura popular costarricense, pues este mestizaje puede sufrir variaciones y ampliaciones tomando como base el patrimonio cultural ya existente. El autor puede dar, a este respecto, testimonio de algunos ejemplos que ha encontrado en San Carlos (concretamente, en Ciudad Quesada).

4. Influencia del campo cultural industrial-masivo

Ya se ha dicho algo sobre este campo cultural que constituye la principal influencia cultural en el mundo contemporáneo. Su importancia amerita detenerse un poco más en él, antes de entrar a analizar su influencia

sobre las culturas populares de Costa Rica, y ya no solamente sobre la región de San Carlos. Debido al carácter global de la influencia del campo cultural industrial masivo, se ha creído conveniente que las reflexiones abarquen a Costa Rica, no a una región específica. Ello por el carácter deculturizador y uniformizador que provoca la influencia de este campo cultural.

La llamada "cultura de masas" se origina en Europa a consecuencia de las transformaciones producidas por la Revolución Industrial. Al concentrarse la población en grandes centros urbanos no solamente se crean nuevas necesidades -pues los individuos se desarraigan de las costumbres que tenían en el medio rural, de donde mayoritariamente procedían antes de emigrar a las ciudades-, sino que se crean enormes mercados prácticamente vírgenes que no tardarán en ser explotados (González Ordosgoitti, 1990). Los folletines se convierten en uno de los primeros éxitos de este mercado masivo de consumidores. Si bien es cierto que escritores oscuros hicieron fortuna escribiendo para los folletines o revistas, también lo hicieron escritores de valía (Alejandro Dumas, Walter Scott) o de primer orden (Dickens, Balzac o Dostoievski). La novela inglesa del siglo XVIII fue la pionera de esta nueva forma de consumo masivo mediante las revistas. Así fue el "Tristan Shandy" de Laurence Sterne, al igual que otras obras de escritores más o menos contemporáneos como Fielding, Richardson y Defoe.

Los avances tecnológicos del siglo XX dan un impulso decisivo al campo industrial masivo: la radio, el cine, la televisión. No vale la pena detenerse en la influencia de estos medios: es tan evidente y ha sido tan estudiada que es poco lo que se puede agregar al respecto. El interés debe dirigirse a otros ámbitos, fundamentalmente al de la relación (asimétrica) entre la cultura popular y el campo industrial masivo.

Este campo tiene una doble importancia. A saber: a) económica y b) ideológica (por lo tanto, también política y cultural). Lucrativamente, el CCIM es de los rubros que mayores ganancias arrojan. A nivel mundial hay algunos trusts que lo dominan: Columbia, Time-Warner, Turner Network, Disney Intertainment, etc. Se habla de los "imperios" de Murdock (magnate australiano que domina periódicos, revistas, televisoras y editoriales en todo el mundo), Turner, Disney o Berlusconi (quien llegó a ser Primer Ministro Italiano basado en el poderío que le proporcionaba su vasto imperio de televisoras, editoriales, radios y otros medios de comunicación masiva).

Con lo anterior se pone de relieve un aspecto fundamental del CCIM: su tendencia al monopolio. En el caso de Costa Rica, las principales televisoras y periódicos son propiedad de grupos familiares. Lo mismo sucede a nivel mundial.

Pero no es sólo que el CCIM constituya uno de los negocios más rentables lo que los hace tan apetecidos; es, asimismo, su función ideológica la que tiene una importancia decisiva. En efecto, el CCIM no es ideológicamente neutro, sino que expresa los intereses (económicos, políticos y culturales) de quienes los dominan, fundamentalmente los países desarrollados y dentro de éstos, del país cuya hegemonía mejor se ha plasmado en el CCIM: Estados Unidos. "La expansión cuantitativa del CCIM abarcó a todas las naciones del planeta, para lo cual se organizó oligopolíticamente. Su cualidad de proveedor de información necesaria para el desarrollo productivo fue casi abandonada para insistir sólo en la creación y multiplicación del consumo. Su función ideológica pasó a ocupar el lugar de sus principales intenciones, preocupaciones y realizaciones. La cultura industrial masiva se reveló como el instrumento ideológico por excelencia en todas las naciones modernas. Su

capacidad de penetración hasta el último rincón de los seres humanos la convirtió en el arma que ganaría todas las batallas por el control político de las poblaciones. A sus singularidades iniciales se le agregaron su absoluto dominio sobre el tiempo de los individuos (tanto el de actividad como el de ocio), la conversión de la diversión en evasión, las necesidades sentidas pasaron a ser satisfechas real o ficticiamente. El CCIM se transformó en el aceite que agiliza los mecanismos de la economía del despilfarro y en la palabra paralizadora de toda acción impugnadora del sistema "(subrayados nuestros) (González Ordosgoitti, 1990, p. 10).

La cita anterior sintetiza conceptos emitidos con anterioridad. Pero vale la pena detenerse en otros puntos contemplados en la cita. En primer lugar, el CCIM no solo se extiende planetariamente, sino, lo que es peor, penetra en la conciencia o interioridad de todos los individuos, sin importar su tradición cultural. En segundo lugar, la función ideológica del CCIM ha sido la causa fundamental de la oposición cerrada a cualquier intento de control estatal, ya sea para democratizarlos o para que cumplan otros papeles más acordes con las necesidades de defender y fortalecer la identidad cultural y nacional. En tercer lugar, el CCIM ha creado artificialmente muchas necesidades dentro de la población, mecanismo indispensable para la expansión de nuevas actividades lucrativas. En este caso, resulta diáfana su función de "aceite que agiliza los mecanismos de la economía del despilfarro". En cuarto lugar, al convertir la diversión en evasión, el CCIM banaliza, frivoliza la existencia humana y social hasta extremos degradantes. El CCIM ha querido ser un sucedáneo de la fiesta, pero tan solo la ha corrompido. Mientras la fiesta pone en acción a la comunidad, el CCIM intenta paralizar, atontando a las comunidades. La fiesta es un hecho social y cultural; para el CCIM solo

cuentan los individuos aislados, alienados, postrados, además, en su aislamiento (Rodríguez Barrientos, 1993). La fiesta busca la participación; el CCIM persigue la atomización social (Rodríguez Barrientos, 1993, b). La fiesta tiende a la comunión como su objetivo supremo; el CCIM promueve, en cambio, la inicua impotencia del solipsismo radical. La fiesta integra; el CCIM desintegra, banalizando las relaciones personales y sociales. La fiesta da sentido y regresa a las comunidades a un tiempo mítico que es el del origen; el CCIM borra los sentidos y obnubila las memoria histórica de los pueblos. Esta trágica "amnesia" histórica y cultural es producida por el CCIM al desbastar los elementos culturales que constituían la identidad cultural de una región o una nación. Al desaparecer la identidad, sólo quedan individuos y pueblos sin rostro; pero, a su vez, se establecen las bases para el gran mercado globalizado que exige el capitalismo monopolístico trasnacionalizado. Y aquí topamos con un hecho esencial, aunque terrible en sus consecuencias: las necesidades de reproducción ampliadas del capitalismo imponen la uniformización cultural. El mercado globalizado exige consumidores uniformizados en sus gustos y preferencias. La diversidad cultural, el pluralismo cultural, aquello que constituye la potencial riqueza humana y social por sus posibilidades de mestizaje fecundo, es un obstáculo para el capitalismo intolerante de la pomposamente llamada "postmodernidad". Lo peor es que la ideología dominante del CCIM pretende que los valores que difunde son universales; todo lo demás es "localista"; por lo tanto, poco importante, un "obstáculo" que debe vencerse para acceder a la "universalización" del mercado globalizado. El totalitarismo del CCIM es evidente y aterrador.

Dondequiera que el CCIM con su parafernalia pseudo universalista se ha impuesto, ha destruido tradiciones culturales o las ha degradado. El CCIM en

ocasiones ha cooptado los elementos culturales nacionales; pero al hacerlo, banaliza su función y eclipsa su significado, sin los cuales ese hecho pierde relevancia dentro del contexto cultural a que pertenece.

En el caso concreto de Costa Rica -y la región de San Carlos-, ¿cuál ha sido el papel del CCIM? Sin duda, el reseñado anteriormente. El CCIM ha influido en la desaparición de innumerables facetas de la cultura popular -aunque, para ser justos, no es la única causa actuante-. También es responsable del rostro, a veces aberrante, que tiene la cultura popular costarricense.

Tradiciones sin entronque alguno con la cultura popular nacional -se incluye dentro de "lo nacional" a las culturas regionales- se imponen por influencia del CCIM y por razones comerciales. Festividades como el Halloween, el Thanks Giving Day o el Día de San Valentín están ya debidamente establecidas en el calendario festivo nacional (para el caso de la región sancarleña, afortunadamente dichas festividades todavía no tienen mayor arraigo; pero eso sólo es cuestión de tiempo). En las fiestas patronales de varios pueblos sancarleños se han introducido los "rodeos texanos", en los cuales -al igual que en las corridas de toros- se puede escuchar, junto a las rancheras mejicanas o la música standarizada al uso, la música regional texana -o, al menos, lo que el CCIM ha difundido como tal-. En la famosa feria Ganadera de Ciudad Quesada -pero lo mismo ocurre en otros pueblos de la región- pueden verse a los jinetes vestidos a lo texano. La influencia del cine y la televisión es aquí notoria. En ciertos desfiles de mantudos, junto a las mascaradas tradicionales, pueden observarse máscaras con las figuras de personajes creados por Walt Disney (el Pato Donald, Mickey Mouse o Bugs Bunny) o que son populares en ciertos programas televisivos ¡para niños! (las

tortugas Ninja). La impresión que estos mantudos producen es de una gris insubstancialidad; esa insubstancialidad subyacente a lo arbitrario y a lo sin sentido. Esta es, precisamente, una de las consecuencias -buscadas o no, pero hasta el momento inevitables- del CCIM: trastornar los elementos de las culturas populares regionales o nacionales hasta el punto de que éstas pierden su razón de ser: la de otorgar sentido a la vida comunitaria.

La tendencia disociadora de las culturas populares por parte del CCIM puede rastrearse sin dificultad por todas las regiones de Costa Rica. Lo grave es que hasta el día de hoy no existe una política que intente revertir un proceso a todas luces nefasto. Este es, por cierto, un reto que todavía no está dando la sociedad costarricense, la cual ve como el CCIM impone la organización del tiempo de las personas, el ocupado y el libre, según lo señalara González Ordosgoitti. Y es que todas las formas de vestirse, comportarse, distraerse o divertirse parecen impuestas por la férrea dictadura del CCIM. Aquí, nuevamente, se dan la mano las funciones ideológicas y económicas del CCIM.

Claro está: los medios de CCIM no son inherentemente nocivos: Se vuelven nocivos por su carácter "oligopolítico"; por la ideología que difunden; por ser instrumentos de la uniformización cultural a escala planetaria (por tanto, por erosionar la necesaria pluralidad de culturas o visiones de la realidad); por difundir actitudes, comportamientos y prácticas socio-culturales que banalizan la existencia humana y hacen perder trascendencia a la vida en sociedad; por atentar contra las identidades culturales nacionales en la búsqueda de un mercado mundial homogenizado, incoloro e insaboro. Lo que busca la actual conformación y utilización de los medios del CCIM es una especie de "waste land" (tierra baldía) cultural, si se

puede echar mano del título del más célebre de los poemas de Thomas S. Eliot.

Pero, evidentemente, el CCIM puede cumplir funciones y tareas muy distintos si se les usa para una política cultural que promueva y busque enriquecer las identidades de las regiones y las naciones. Para ello tienen que haber, forzosamente, cambios en la propiedad de los medios del CCIM y en las políticas culturales para las regiones y a nivel nacional. Pero lo fundamental es que sea un proceso encauzado por la sociedad civil organizada, que responda a sus necesidades y utopías. La democracia es, entonces, un requisito básico para toda política cultural, sobre todo si se van a utilizar los medios de CCIM.

San Carlos presenta, en este aspecto, ventajas sobre otras regiones del país. En efecto, la región cuenta con emisoras radiales (Radio Cima, Radio San Carlos, Metrópolis Norte, Radio Continental, Radio Santa Clara, a las que hay que añadir algunas radios ubicadas en los distritos, como es el caso de Pital); periódicos (San Carlos al Día); revistas (FRONTERAS, Zona Norte) y canales de televisión (Canal 14, que pertenece a COOPELESCA; el 55, de orientación religiosa protestante; se habla de crear un canal que estará adscrito al futuro Centro de Comunicación perteneciente a la Iglesia Católica). Estos medios suelen ser muy abiertos y respetuosos en cuanto a la emisión de opiniones. Tienen programas noticiosos muy escuchados que dan énfasis a los asuntos regionales. En otros programas se promueve la discusión pública de los problemas regionales y aún nacionales. Algunos espacios son, incluso, manejados por sectores campesinos o religiosos. Todos los medios, sin excepción, son de propietarios locales o de iglesias.

Aprovechando esta excelente infraestructura -tomando en cuenta las condiciones de las regiones periféricas del país-, se puede desarrollar toda

una política cultural que no solamente fortalezca la identidad cultural regional y nacional, sino que también propicie un diálogo abierto, tolerante y comprensivo con el resto del mundo, para asimilar y adaptar todos aquellos elementos culturales que ayuden a un desarrollo cultural pleno y libre, a partir de la base que San Carlos ha conformado a través de su ya centenaria historia. En este aspecto, la historia debe cumplir el papel que le asignaban los griegos: la de ser Maestra. Por eso se vuelve tan importante su conocimiento y análisis.

La cultura es el alma de toda sociedad; y esa alma está en la tierra, está en el cuerpo de todos los ciudadanos. La conformación cultural es una autocreación, una autoformación de toda región, de toda sociedad, la cual, por supuesto, no vive sola, sino en permanente relación con otras culturas. La cultura es un proceso que no puede tener fin, sino con la extinción del hombre sobre el planeta. Sintetizando: más que un don -que lo es- la cultura es una responsabilidad histórica de toda persona que con-vive, de toda sociedad. Pero es también un acto libre de afirmación; una manera de ser y estar en el mundo que son intrasferibles. La alienación que amenaza a la diversidad cultural del mundo, provocada por los imperativos de la lógica totalitaria, uniformizadora y expansiva del gran mercado cultural capitalista, es el mayor reto de las sociedades contemporáneas. Costa Rica y sus regiones no pueden sustraerse a tal reto. Enfrentarlo es poner en juego los resortes vitales de la identidad cultural y nacional. Hay guerras que no pueden perderse. Esta es una de ellas.

Santa Clara, Agosto-Noviembre 1995

Febrero, 1996.

BIBLIOGRAFIA

- Achío, Mayra y Escalante, Ana C.: Azúcar y Política en Costa Rica. San José, Editorial Costa Rica, 1985, 172 pp.
- Aguilar Bolaños, Irene: Características socio-económicas del grupo ganadero-exportador (los casos de San Carlos y Guanacaste). Tesis Maestría, Universidad de Costa Rica, 1984, 257 pp.
- Altemburg, Tillman et all. El desafío económico de Costa Rica. Desarrollo agroindustrial autocentrado como alternativa. San José, Editorial DEI, 1990. 393 pp.
- Barnett, Richard y Müller, Ronald: El control de la ideología (fotocopias). No se indican los detalles de la edición.
- Bonilla, Janina y Montezuma, María Isabel: Las festividades tradicionales en las historias de vida. En Revista HERENCIA. Vol 5 (Nº1), San José, Universidad de Costa Rica, 1993, pp. 35-44.
- Cabrera Padilla, Roberto: Santa Cruz, Guanacaste: una aproximación a la historia y la cultura populares. San José, Ediciones Guayacán, 1989, 173 pp.
- Calvo, Fernando: Propuesta para estudio: Polimuseo de Costa Rica. En: Revista HERENCIA, Vol 5 (Nº2), San José, Universidad de Costa Rica, 1993, pp. 41-46.
- Carvajal, Ligia y Arroyo, Guillermo: La cofradía en Costa Rica como una forma de dominación hispana. En: Luis Fernando Sibaja (Editor): Costa Rica Colonial, San José. Ediciones Guayacán, 1989, pp. 139-163.
- Corrales, Adriano: Las culturas de frontera. Santa Clara, I.T.C.R., DEVESA, 1995, 7pp.
- Demyk, Noelle: Los territorios del Estado-Nación en América Central. Una problemática regional. En: Taracena, Arturo y Piel, Jean (Compiladores): Identidades nacionales y Estado Moderno en Centroamérica. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995, pp. 13-30.
- Duncan, Quince: Presencia africana en Costa Rica. Ponencia presentada al Segundo Congreso Nacional de Folclor y Cultura Popular. Santa Clara, San Carlos, 1994, 10 pp.
- Fernández, Mario: Evolución de la estructura de la tenencia de la tierra en Costa Rica: café, caña de azúcar y ganadería (1950-1978). San José, U.C.R., Facultad de Ciencias Sociales, agosto 1983, 168 pp.

- Fonseca, Elizabeth: El cultivo de la caña de azúcar en el Valle Central de Costa Rica. Epoca Colonial. Sibaja, Luis Fernando (Editor): Costa Rica Colonial. San José, Ediciones Guayacán, 1989, pp. 79-104.
- García Canclini, Néstor: Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. México D.F., Editorial Grijalbo, 1989, 363 pp.
- García, Prince, Evangelina: Perspectivas y alcances del desarrollo cultural. Caracas, CLACDEC; 1987, 19 pp.
- González García, Yamileth: Continuidad y cambio en la historia agraria de Costa Rica. San José, Editorial Costa Rica, 1985, 316 pp.
- González Ordosgoitti, Enrique: 31 tesis para la delimitación de 116 subtipos del campo cultural residencial popular y no-popular en América Latina. Caracas, CLACDEC, 1990), 35 pp.
- Gudmundson, Lowell: Costa Rica antes del café. San José, Editorial Costa Rica, 1993, 247 pp.
- Gudmundson, Lowell: Estratificación socio-racial y económica de Costa Rica: 1700-1850. San José, E.U.N.E.D., 1978, 179 pp.
- Gudmundson, Lowell: Hacendados, políticos y precaristas: La ganadería y el latifundismo guanacasteco. 1800-1950. San José, Editorial Costa Rica, 1983, 256 pp.
- Guerrero Miranda, Juan Vicente: Arqueología de la Región Huetar Norte. Ponencia presentada al Segundo Congreso Nacional de Folcklore y Cultura Popular, Santa Clara, San Carlos, 27-30 de julio 1994, 7 pp.
- Hall, Carolyn: El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica. San José, Editorial Costa Rica y Universidad Nacional, 1978, 208 pp.
- Hilje Quirós, Brunilda: La colonización agrícola de Costa Rica (1840-1940). San José, EUNE) (Colección NUESTRA HISTORIA Nº10), 1991, 87 pp.
- Lara Figueroa, Celso: Cultura, cultura popular y políticas culturales en Guatemala. Ponencia presentada al Encuentro Regional por la cultura popular y la identidad: América Central y el Caribe. San Isidro de Pérez Zeledón, U.N.A. Sede Regional Brunca 17-19 agosto 1993, 13 pp.
- López Marín, José Alberto: Los elementos básicos de algunos enfoques antropológicos para comprender el desarrollo cultural (fotocopiado) Cartago, I.T.C.R. Departamento de Ciencias Sociales (Sin fecha de publicación), 20 pp.
- Martínez Castillo, Róger: Etno-Cultura Caribeña. Ponencia Segundo Congreso Nacional de folcklor y cultura popular. Santa Clara, San Carlos, 27-30 julio 1994, 13 pp.

- Meléndez, Carlos: Conquistadores y Pobladores. Orígenes histórico-sociales de los costarricenses. San José, EUNED, 1982, 286 pp.
- Meléndez, Carlos: Costa Rica: Tierra y poblamiento en la Colonia. San José, Editorial Costa Rica, 1978, 212 pp.
- Molina, Iván: Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1991, 403 pp
- Molina, Iván y Acuña, Víctor Hugo: Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950). San José, Editorial Porvenir, 1991, 214 pp.
- Molina, Iván: La alborada del capitalismo agrario en Costa Rica. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1988, 190 pp.
- Molina, Jorge Rolando: El proceso histórico-geográfico de la colonización agrícola en San Carlos (1850-1977). Tesis de Licenciatura en Historia, Escuela de Historia, Universidad de Costa Rica, San José, 1978, 261 pp.
- Palmer, Steven: Sociedad Anónima, cultura oficial: Inventando la Nación en Costa Rica (1848-1900). En: Molina, Iván y Palmer Steven (Editores): Héroes al gusto y libros de Moda. San José, Editorial Porvenir y Plumsock Mesoamerican Studies, 1992, pp. 169-205.
- Pérez Iglesias, María: Cultura e identidad populares: Historia e identidad comunal o local. Ponencia presentada al Segundo Congreso Nacional de Folcklore y Cultura Popular, Santa Clara, San Carlos, 27-30 de julio de 1994, 16 pp.
- Pérez Iglesias, María: El impacto de la industria cultural sobre los procesos de cultura popular en Centro América y el Caribe. Ponencia presentada al Encuentro Regional por la Cultura Popular y la Identidad: Centro América y el Caribe. San Isidro de Pérez Zeledón, U.N.A., Sede Regional Brunca, 17-19 de agosto de 1993, 11 pp.
- Quesada, Fenelón: Monografía de San Carlos. Alajuela, Talleres Tipográficos Falco, 1958, 32 pp.
- Quirós, Claudia, y Bolaños, Margarita: El mestizaje en el siglo XVII: consideraciones para comprender la génesis del campesinado criollo del Valle Central. En: Luis Fernando Sibaja (Editor): Costa Rica Colonial. San José, Ediciones Guayacán, 1989, pp. 61-78.
- Quirós, Claudia: La era de la encomienda. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1990, 376 pp.
- Reuben Soto, William (Editor): Los campesinos frente a la nueva década. Ajuste Estructural y pequeña producción agropecuaria en Costa Rica. San José, Editorial Porvenir-CECADE, 1990, 298 pp.
- Ribeiro, Darcy: El proceso civilizatorio- Méjico D.F., Editorial Extemporáneos, 1982, 211 pp.

- Rodríguez, Francisco y Villalobos, Grace (Editores): Algunos aspectos de la cultura popular costarricense presentes en San Carlos. Ciudad Quesada, MIDEPLAN, 1992. 73 pp.
- Rodríguez, Francisco: En busca de la Comunidad perdida. Cartago, Periódico INFORMATEC, 28 de julio 1993, p.3
- Rodríguez, Francisco: ¿Hasta dónde debe tolerarse la aculturación? Cartago, Periódico INFORMATEC, 22 de abril 1993, p.3
- Rodríguez, Francisco: Introducción histórica y cultural a San Carlos (Inédito), 1995, 13 pp.
- Rodríguez, Francisco: La cultura de los sancarleños. Cartago, Periódico INFORMATEC, 3 de junio 1993, p.3
- Rodríguez, Francisco: La fiesta en la cultura popular de Costa Rica. Periódico San Carlos al Día, marzo 1995, p. 23.
- Rodríguez, Francisco: La importancia práctica de la investigación cultural. Cartago, Periódico INFORMATEC, 4 de noviembre 1993, p.3
- Rodríguez, Francisco: La romería en la religiosidad popular. Periódico San Carlos al Día, abril 1995, p. 48.
- Rodríguez, Francisco: Las festividades religioso-populares de Ciudad Quesada. TOMO I, 1991, TOMO III, 1993. Santa Clara, San Carlos, I.T.C.R. Tomo I 552 pp; Tomo III 651 pp.
- Rodríguez, Francisco: Pérdida de tradiciones o pérdida de identidad. Cartago, Periódico INFORMATEC, 24 de abril de 1993, p. 3.
- Rojas, Manuel y Román, Isabel: Agricultura de Exportación y pequeños productores en Costa Rica. San José, FLACSO, Mayo 1993, 98 pp.
- Ross, Marjorie: Al calor del fogón. 500 años de cocina costarricense. San José, Editorial FARBEN, 1992, 400 pp.
- Sánchez, Hidalgo, Antonio: Datos básicos región Huetar Norte. Ciudad Quesada, MIDEPLAN, Octubre 1989, 12 pp.
- Stone, Samuel: La dinastía de los conquistadores. San José, EDUCA (Segunda edición), 1976, 623 pp.
- Tinoco, Antonio: Proyecto nacional, desarrollo cultural y políticas culturales. Caracas, CIACDEC, 1990, 11 pp.
- Tossatti, Alessandro: Máscaras tradicionales festivas del Valle Central de Costa Rica. San José, Ministerio de Cultura, 1991, 24 pp.
- Trovo Vargas, Elena: San Carlos dentro del marco arqueológico costarricense. Ciudad Quesada, Revista Akbal, NQ1, abril 1990, pp 6-7.

- Vargas Aragonés, Alfonso: Sinópsis histórica del Cantón de San Carlos. Ciudad Quesada, Grupo Cultural TRAPICHE-Municipalidad de San Carlos, 1986, 53 pp.
- Vega Carballo, José Luis: Hacia una interpretación del desarrollo costarricense: ensayo sociológico. San José, Editorial Porvenir, 1986, 446 p.
- Vega Jiménez, Patricia: De la banca al sofá. La diversificación de los patrones de consumo en Costa Rica (1857-1861). En: Molina, Iván y Palmer, Steven: Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750/1900). San José, Editorial Porvenir-Plumsock Mesoamerican Studies, 1992, pp. 109-135.

Para el lector interesado en la problemática de los medios de comunicación masiva y su influencia en el comportamiento individual y social de las naciones, especialmente del Tercer Mundo, puede consultar una abundante bibliografía existente sobre el tema. Se recomiendan las obras de Humberto Eco, Marshall McLuhan, Armand Mattelart, Ariel Dorfman, Marta Traba -esta autora analiza en algunos pasajes de sus libros, la influencia del CCIM y su ideología en la praxis de muchos artistas de América Latina- y otros.

Por otra parte, los libros de Mircea Eliade (distintas ediciones) son básicos para entender los simbolismos de varias manifestaciones culturales, como las festividades, las iniciaciones, el ritual religioso, etc.

